

ESCENARIOS POLITICOS DE LA
TRANSICION A LA DEMOCRACIA (II)

CIDE

MARTINI, LEZCANO, MUÑOZ,
PANTAZZA Y PAREJA

04.02/5
REF

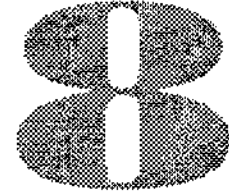
CENTRO DE DOCUMENTACION Y ESTUDIOS

ASUNCION PARAGUAY

0402/5
Ret

MFV30

C O N T R I B U C I O N E S



JUNIO 1991

ESCENARIOS POLITICOS DE LA TRANSICION A LA DEMOCRACIA II

Carlos Martini, Carlos María Lezcano, Francisco Panizza,
Carlos Muñoz y Carlos Pareja

C. D. E.
DE DOCUMENTACION Y ESTUDIOS
BIBLIOTECA

CDE


CENTRO DE DOCUMENTACION Y ESTUDIOS

ASUNCION - PARAGUAY



© CDE

Esta serie de *contribuciones* es editada por el Centro de Documentación y Estudios (CDE), en Asunción, Paraguay. El CDE es una organización no gubernamental (ONG) sin fines de lucro, dedicada a la documentación, investigación e información en el campo de las ciencias sociales. Las opiniones, análisis e interpretaciones que se desarrollan en estos materiales son de responsabilidad exclusiva de sus autores, y no reflejan necesariamente los puntos de vista de la institución.



INDICE

Presentación	4
1. Carlos Martini, Carlos María Lezcano	5
Las izquierdas y la transición en el Paraguay.	
2. Francisco Panizza, Carlos Muñoz	23
Partidos políticos y modernización del Estado.	
3. Carlos Pareja	41
"Apocalípticos o integrados": Los dilemas culturales del socialismo latinoamericano.	

23 JUL. 1992

Presentación

Entre el 19 y el 21 de julio de 1989 se llevó a cabo en Asunción el seminario internacional **Escenarios Políticos de la Transición a la Democracia**, organizado por el Centro de Documentación y Estudios (CDE) de Asunción, Paraguay, la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) de Santiago de Chile y la Fundación Pablo Iglesias de Madrid, España.

El evento reunió a intelectuales de varios países: Liliana de Riz y Juan Carlos Portantiero (Argentina); Lidia Goldenstein y Paulo Krischke (Brasil); Guillermo Campero, Manuel Antonio Garretón y Norbert Lechner (Chile); Andrew Nickson (Inglaterra); Alberto Adrianzen (Perú); Francisco Panizza y Carlos Pareja (Uruguay); y Line Bareiro, Ricardo Canese, Juan Andrés Cardozo, Carlos María Lezcano, Carlos Martini, Fernando Masi y José Carlos Rodríguez de Paraguay.

Todos ellos se dieron cita en Asunción para discutir temas relacionados con los procesos de transición a la democracia y la redefinición del proyecto socialista. Ni la temática ni la fecha del evento eran fortuitas: por una parte, Chile y Paraguay, los dos últimos regímenes autoritarios de la región, iniciaban sus respectivos procesos de transición a la democracia; por otra, comenzaba la apertura en los países del Este de Europa y se profundizaba el debate en torno al pensamiento socialista de fin de siglo.

En este segundo volumen publicamos otras tres ponencias presentadas en el seminario sobre el sistema de partidos uruguayo, los partidos de izquierda en el Paraguay y la reflexión teórica en torno a cultura socialista.

Benjamín Arditi
Centro de Documentación y Estudios

LAS IZQUIERDAS Y LA TRANSICION EN EL PARAGUAY

Carlos Martini y Carlos María Lezcano *

El ensayo que se ofrece constituye una actualización de dos ponencias presentadas en el transcurso del año 1989 ¹. El trabajo centra su análisis en las organizaciones de izquierda, sean legales, toleradas o semi-clandestinas. Incorpora también en el análisis al Movimiento Ciudadano Asunción para Todos (APT), emergente movimiento de centro izquierda que ganó las elecciones municipales en Asunción el 26 de mayo de 1991.

Las líneas que siguen tienen el carácter de una aproximación, todavía muy preliminar, al fenómeno de la izquierda paraguaya. Se tiene conciencia de las limitaciones de un trabajo de esta naturaleza en un país donde el debate dentro y acerca de la izquierda recién está en posibilidad de realizarse en forma abierta.

El período que comprende este ensayo es el que se inicia con el golpe militar del 2 y 3 de febrero, fecha que marca el punto de partida de la actual etapa de transición tutelada por las FF.AA. en un marco de amplias libertades públicas, con el consenso tácito de los partidos políticos y con una política socioeconómica conservadora que mantiene todavía algunos rasgos represivos en relación a la lucha de los campesinos sin tierra.

I. LA IZQUIERDA EN EL MOMENTO DEL GOLPE.

El golpe del 2 y 3 de febrero de 1989 encontró a la izquierda política débil, desarticulada y desorganizada. Mientras el socialdemócrata

*) Carlos Martini, sociólogo y Carlos María Lezcano, analista militar, son investigadores del Grupo de Ciencias Sociales (GCS) de Asunción, Paraguay.

1. Martini y Lezcano, 1989; Martini, 1989.

Las izquierdas y la transición en el Paraguay.

Partido Revolucionario Febrerista (PRF) se hallaba inmerso en tensiones enmarcadas en una confrontación por el poder interno antes que por proyectos políticos distintos, el nacionalista revolucionario Movimiento Democrático Popular (MDP) había perdido parte de su impulso inicial. El troskista Partido de los Trabajadores (PT) se funda el 19 de marzo de ese año y el Partido Obrero (PO) a finales de abril. El Partido Comunista Paraguayo (PCP), proscrito desde enero de 1947, abandona la clandestinidad casi inmediatamente después del golpe. El Pro-chino Partido Comunista Paraguayo Independiente (PCI), en cambio, permanece en la semiclandestinidad, política comprensible dada su línea política, como veremos más adelante. El Movimiento Paraguayo de Liberación "Gaspar Rodríguez de Francia" (MOPALI) ya venía operando con cierta tolerancia. Se fundó en 1986. Desde febrero de 1989 se han formado otros movimientos de izquierda: la castrista Corriente Patria Libre (CPL), desprendimiento del MDP; los Círculos Revolucionarios (CR); Alternativa Socialista (AS); y el Movimiento Socialista (MS), el cual se define como movimiento fundamentalmente cultural.

El modelo de desarrollo agroexportador implementado por el régimen de Stroessner, acompañado de un esquema político autoritario-patrimonialista en el marco de una cultura política definida por el peso de los partidos centenarios, el Colorado y el Liberal —principalmente en las áreas rurales—, no permiten tomar con sorpresa la debilidad o casi inexistencia de organizaciones de izquierda en la sociedad política.

A diferencia de otros países de la región, el Paraguay careció de un partido socialista durante la mayor parte de este siglo. En 1915, un sector obrero liderado por los gráficos, de tendencia socialista reformista, funda el Partido Obrero, que cambia de nombre en 1918 por el de Partido Socialista Revolucionario, el cual se disuelve en 1926 ².

El modelo de desarrollo latinoamericano de capitalismo dependiente y débil formación de actores de clase, dice Touraine, hace muy difícil "la transformación directa de un actor social (...) en un actor político que participe en la transformación de las decisiones públicas" ³. Esto diferencia a los grandes partidos latinoamericanos de los europeos, los cuales se definen más por su representatividad social que por su influencia política. La conclusión del sociólogo francés es válida para el Paraguay: "Hay que reconocer que los actores políticos que no pueden referirse a actores sociales permanente y autónomamente constituidos, tienden normalmente a ser actores estatales. La vocación del actor político es identificarse con el Estado" ⁴.

2. Nickson, 1987: 5.

3. Touraine, 1984: 10.

4. Touraine, 1984: 12.

A esta autonomización de la sociedad política respecto a la sociedad civil se debe agregar la noción de desarticulación: "La no correspondencia de los elementos de la acción colectiva, es decir, de los 'intereses' de la forma política de defenderlos y de la expresión ideológica de las metas del actor"⁵. Por ejemplo, las prácticas de clase no son directamente luchas económicas teniendo en cuenta que el poder económico es por una parte extranjero y, por otra, está en manos de un estamento dominante antes que de una clase dirigente. "La formación de una acción colectiva aparece en general como la capacidad de transformación de un nacionalismo económico en una voluntad de integración política y cultural más estratégica, en una manifestación de la defensa de la independencia política, económica y cultural de la Nación y a veces, del conjunto del continente latinoamericano"⁶. Esto es, en América Latina la acción colectiva predominante es multidimensional: clasista, modernizante (o tradicional) y nacionalista.

El análisis de los partidos políticos paraguayos se ubica en ese contexto: capitalismo dependiente, débil formación de actores de clase, actores políticos con fuerte vocación estatal y con prácticas multidimensionales y por consiguiente, acentuada debilidad de partidos clasistas.

La debilidad, desarticulación e incipiente reconstitución puede observarse en el caso de los actores sociales subalternos. Trabajadores urbanos y campesinos, aprovechando las menores restricciones y la recuperación de las libertades públicas, están acelerando sus movimientos en gran medida al margen de los partidos políticos. La creación de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) en agosto de 1989 y de la Federación Nacional Campesina (FNC) en julio de 1991 constituyen dos momentos importantes de reconstitución del movimiento popular. En la zona urbana de Asunción operan la Coordinadora de Pobladores de Zonas Inundables (COPZI) y la Coordinadora de Familias sin Vivienda (COFASIVI). Diferentes organizaciones regionales campesinas desarrollan una activa lucha por la tierra, con el acompañamiento de sectores de la Iglesia Católica. Se observa así, después de más de dos años y medio del golpe militar que derrocara al General Alfredo Stroessner, un proceso de reconstitución de las organizaciones sociales populares en el marco de una sociedad civil cada vez menos atada a las lealtades tradicionales, principalmente en las zonas urbanas.

5. Touraine, 1984: 8.

6. Touraine, 1984: 9.

2. PARTIDOS DE IZQUIERDA

a. El PRF: Del populismo inicial a su indefinición ideológico-política

El PRF, fundado en Buenos Aires en 1951, tiene su origen en la Revolución del 17 de febrero de 1936, cuando las Fuerzas Armadas triunfantes de la guerra con Bolivia (1932-1935) derrocan al Partido Liberal e implantan un régimen donde confluyeron encontradas tendencias ideológico-políticas, algunas influenciadas por los totalitarismos europeos de entonces. Desarrolló inicialmente "propuestas anti-liberales, anti-oligárquicas, nacionalistas y populistas expresando demandas de participación política y social de la clase media urbana y de los sectores obreros por una parte, y de modernización económica del país, del sector intelectual por otra" ⁷.

Recién en 1969 incorpora el socialismo democrático a su ideario, aunque en el partido continúan coexistiendo desde sectores liberales hasta revolucionarios de izquierda, sin haber conseguido dotarse de un claro perfil socialdemócrata o socialista democrático, aunque sectores renovadores que irrumpieron a finales de la década del 70 intentaron darle esa perspectiva.

El PRF es, en el sentido de Touraine, un actor estatal: carece de relaciones orgánicas con sectores sociales subalternos, su base social es de la pequeña burguesía urbana, constituyéndose en un pequeño partido urbano, principalmente capitalino. Así, el Partido Febrerista puede ser leído como una élite política desprendida de la sociedad civil. Como señala Touraine en relación al actor político en estas sociedades, "no es el representante de un actor social, es un elemento del sistema político". Hay que reconocer que los actores políticos que no pueden referirse a actores sociales, permanente y autónomamente constituidos, tienden a ser actores estatales. La vocación del actor político es identificarse con el Estado ⁸.

El PRF es, en el presente, un partido tradicional, como el Colorado o el Liberal, con el agravante de carecer de la base social amplia de esos dos partidos, los cuales a lo largo de un siglo han desarrollado relaciones caudillistas y de clientelas (en particular el Partido Colorado en los últimos 40 años, como se señaló al principio), quedando el febrerismo sin espacios de crecimiento si persiste en esa estrategia.

El PRF no ha desarrollado en los últimos veinte años propuestas programáticas en la línea del socialismo democrático asumido en 1969. En parte, a causa del régimen autoritario, no se realizó un debate

7. Morínigo y Silvero, 1986: 62.

8. Touraine, 1984.

ideológico en su seno. Se otorgó especial énfasis al eje autoritarismo-democracia en el marco de la multipartidaria Acuerdo Nacional (AN) conformada en 1979 y que se componía de liberales radicales auténticos —el sector mayoritario y más progresista del liberalismo paraguayo— demócratas cristianos y un sector escindido a finales de los cincuenta del Partido Colorado. Tampoco se inició ese debate en los primeros años de la transición, por lo cual se siguieron yuxtaponiendo diversas líneas —liberales, nacional-populistas, social-demócratas, socialistas moderados y radicales y marxistas-leninistas—, haciendo del febrerismo un actor político ideológicamente indefinido, con limitaciones en su base social (pequeña burguesía urbana) y de prácticas caudillistas y clientelistas en su interior. Es un pequeño partido electoral cuya vinculación con la sociedad se da principalmente a través del ciudadano elector.

La primera reacción del partido ante el golpe militar del 2 y 3 de febrero se ubica en esa línea de privilegiar la construcción de un Estado Democrático. En efecto, el primer pronunciamiento febrerista después del levantamiento del General Andrés Rodríguez señalaba como imprescindibles los siguientes aspectos:

“1) Desmontar el aparato represivo del anterior régimen y el funcionamiento irrestricto de los partidos políticos.”

“2) Derogación de las leyes liberticidas a fin de que el ciudadano paraguayo pueda, realmente, sentirse libre y garantizado en sus derechos para su quehacer cívico.”

3) Modificación de la Ley Electoral vigente, con la participación en la discusión del nuevo proyecto de todas las organizaciones políticas.

4) Convocar a una Asamblea Nacional Constituyente, libre y soberana, sin condicionamientos ni exclusiones sectarias, para ofrecer al país un nuevo ordenamiento constitucional.”

Las primeras demandas del partido se inscribían, por consiguiente, en la línea de desmontar el autoritarismo político, sin referencias a la exclusión socioeconómica de gran parte de la población. Desde el principio, el partido asumía que se iniciaba una transición que implicaba negociación con factores de poder y, por tanto, posponer las reivindicaciones de los grupos subalternos para un segundo momento, priorizando el proceso de elaboración de la estructura jurídica propia de un Estado de Derecho.

Desde el golpe hasta noviembre de 1989 aparecieron 42 números del periódico El Pueblo, órgano oficial del Partido Revolucionario Febrerista, el cual había sido clausurado en agosto de 1987. Del análisis

de los 42 editoriales del periódico se pueden derivar algunas conclusiones interesantes para detectar la línea del febrerismo en este periodo de transición:

a De los 42 editoriales no suman más de cinco los relativos a cuestiones sociales. De estos últimos quisiéramos referirnos a dos que enfocan la problemática de los campesinos sin tierra. En uno de ellos, el correspondiente al número 112 ⁹, se critica el desalojo realizado por efectivos militares de campesinos que ocuparon tierras. La crítica señala que ese procedimiento es una rémora del pasado, matizando así sus críticas a las FF.AA. que dieron el golpe. Esto se puede observar en los siguientes párrafos: "La intervención del Ejército, que se sublevó para recuperar su dignidad y su honor, como los de todo el pueblo paraguayo, constituye un anacronismo, una rémora de los tiempos de la dictadura... El pueblo paraguayo está legítimamente orgulloso de la historia de su Ejército. Que no se convierta en su enemigo. Que el glorioso verdeolivo no se convierta en su enemigo".

En el número 117 ¹⁰, al exigirse la reforma agraria, se sostiene la necesidad de centrar el debate en torno al tema de las tierras malhabidas. Esto es, se evita una postura que pudiera cuestionar directamente la estructura agraria afectando a latifundistas de tradición para que el costo de las medidas recaiga en los sectores derrotados con el golpe. En este editorial se cuestiona esencialmente la propiedad privada de origen espúreo. Se critican, también, las medidas parciales del gobierno.

Como puede notarse, en la línea de una política de negociación se evita crear focos de tensión con factores de poder. Al igual que el PLRA pasó de la confrontación al diálogo con las autoridades surgidas del golpe. b) Llama la atención que la prensa de un partido socialista no haya dedicado ningún editorial al surgimiento de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT). Quizás la manifestación más clara de la desvinculación orgánica con el movimiento popular que caracteriza al PRF sea la ausencia de una línea sindical.

c) El escaso énfasis de los editoriales en cuestiones sociales tiene como contrapartida un mayor énfasis en el tema de la transición a la democracia representativa. En ese sentido, se aprecia un claro acercamiento al gobierno de Rodríguez. En el número 106 ¹¹, por ejemplo, se sostiene que "Hasta ahora el gobierno del general Andrés Rodríguez se muestra empeñado en cumplir el programa elaborado por el gran movimiento democrático que precedió al golpe de Estado, y que dio a éste un contenido mucho más profundo que un simple cambio de

9. Semanario El Pueblo, No. 112, 26,04,89

10. Idem, No. 117, 31,05,89

11. Idem, No. 106, 15,03,89

gobierno... Hay un esfuerzo serio por sanear la economía, por consolidar un orden jurídico que garantice los derechos humanos, por reorganizar la desquiciada administración pública". Las críticas, en el mismo editorial, se refieren al mantenimiento en la Dirección General de Cultura de la Municipalidad a una antigua funcionaria del régimen anterior y a la prohibición de realizar manifestaciones en el microcentro. En el número 113 ¹² se señala que con las elecciones de mayo el gobierno de facto se transforma en gobierno institucional y se pide calma y cordura. Esto es, una vez más se llama a la negociación antes que a cualquier movilización. Se señala en otros números la necesidad de un pacto democrático entre partidos y movimientos sociales para garantizar la transición a la democracia. En el programa presentado por el partido para las elecciones nacionales se propuso un pacto político y social. En el número 141 ¹³ se llama incluso a un gran "Acuerdo Nacional". Del pacto debería tomar parte también el Partido Colorado. Se insiste en que las tareas primordiales de la actual etapa son de carácter político-institucional. Los números correspondientes a 1990 no mostraron variaciones en esa orientación. El periódico dejó de aparecer en diciembre de 1990.

En resumen, hasta este momento, el febrerismo continúa en la línea que ya lo había caracterizado, esto es, la de priorizar la construcción de un Estado de Derecho difuminando su pretendido perfil socialista democrático. Y en ese proceso de transición se reconoce que la negociación con los factores de poder y una limitada movilización de masas son elementos centrales para evitar la exacerbación de conflictos que puedan generar reacciones represivas.

Su convocatoria a un Foro de Concertación Social y Política en octubre de 1990 no tuvo eco. Los distintos partidos estaban en plena etapa preelectoral y difícilmente hubieran dado protagonismo a un partido competidor. Aparte, era grande la distancia que separaba en varios puntos a las organizaciones patronales y a las centrales sindicales.

El febrerismo ha estado sumido en una alta conflictividad interna durante este período. Aunque coexisten en el mismo líneas ideológicas muy diferentes, los clivajes que marcan los acomodos de sus élites no tienen como principal característica esas diferencias, sino más bien acuerdos por espacios internos de poder.

Como partido fundamentalmente urbano, el febrerismo debería haber capitalizado parte del desgaste del Partido Colorado en las pasadas elecciones municipales, al menos en ciertas localidades donde tiene

12. Idem, No. 113, 03,04,89

13. Idem, No. 141, 15,11,89 14). El Socialista, No. 1, abril 1989

alguna implantación (Asunción, Encarnación, Ciudad del Este, Pedro Juan Caballero y Concepción, por ejemplo). Sin embargo, apenas obtuvo el 3,4% de los votos a nivel nacional. En las elecciones generales de 1989 obtuvo el 2%. En la capital, quedó en cuarto lugar, obteniendo la mitad de votos que el tercero pese a haber presentado como candidato a la intendencia a su líder más conocido y carismático, el presidente del partido, Euclides Acevedo. Su espacio de centro izquierda le fue literalmente tomado por Asunción para Todos. Debe insistirse en que el clivaje rural/urbano es fundamental para analizar el comportamiento electoral paraguayo. Si se considera la distribución de votos en las veinte localidades con mayor cantidad de electores del país, el PRF alcanza el 5,86% de los votos.

El papel de colaborador en la administración del proceso de transición disminuyó acentuadamente el papel crítico del febrerismo hacia el Gobierno conservador del General Andrés Rodríguez. Ese acercamiento, en ocasiones acrítico al Gobierno, hizo que gran parte de su potencial electorado, principalmente el electorado joven y urbano, no viera al febrerismo como una alternativa de cambio. Obtuvo sólo el 0,8% de las concejalfías a nivel nacional. Se presentó en alrededor de 40 de las 203 localidades y no obtuvo ninguna intendencia. De hecho pasó de tercera a cuarta fuerza política puesto que APT, en la capital, obtuvo más votos que el febrerismo en toda la República.

b. El PT, del sindicato al partido: A la búsqueda del socialismo revolucionario

En 1985 se organiza una pequeña corriente sindical que reclamaba la independencia organizacional y política de la clase trabajadora: la Agrupación Independiente de Trabajadores (AIT).

Reunida en Convención el 19 de marzo de 1989 decide la creación del partido: "El PT nace como una alternativa política para los trabajadores, campesinos y el pueblo, frente a los partidos patronistas que defienden el actual sistema capitalista. Nace con un programa socialista, haciendo suyo el programa histórico de la clase trabajadora. Pero además de esta tarea estratégica, nacemos con un programa de reivindicaciones inmediatas para los sectores explotados y oprimidos de nuestra sociedad"¹⁴. Esas reivindicaciones incluyen la convocatoria a una Asamblea Nacional Constituyente soberana y democrática, la legalización de todas las organizaciones políticas y sindicales, amnistía amplia e irrestricta, entre otras. El PT enfatiza sus propuestas económicas, como el no pago de la deuda externa y la nacionalización

de la economía. En palabras de su presidenta, "lo esencial para nosotros es el no pago de la deuda externa, todas las consignas económicas, porque lo que nosotros planteamos es transformar la sociedad capitalista en un Paraguay socialista" ¹⁵. "El PT sostiene que esto no lo harán los patronos, ni sus partidos ni sus gobiernos. Lo lograrán los trabajadores, al frente del pueblo, desde un gobierno obrero, campesino y popular, comenzando la edificación del socialismo con democracia" ¹⁶. La democracia en el plano interno-partidario se traduce en la concepción del centralismo democrático, aceptando la existencia de fracciones o tendencias en los pre-congresos, pero no corrientes o movimientos internos permanentes. En el plano social, en cambio, defienden el mayor pluralismo, por lo menos en la fase de transición al socialismo. En relación a la conformación del Estado, el partido mantiene una percepción instrumental del mismo. Mina Feliciángeli, su presidenta, sostiene que: "Para nosotros el Estado o está en manos de la burguesía o está en manos de la clase trabajadora y de los sectores explotados (...) por eso tenemos la concepción de un Estado obrero, nosotros propugnaremos un Estado obrero, que el Estado esté bajo los intereses de la clase trabajadora y de los sectores mayoritarios (...). Si es un Estado obrero obviamente el Gobierno también responde a los intereses de esas grandes mayorías, por lo tanto es un gobierno que está representado por un partido clasista, obrero o de los trabajadores". Admite la existencia de otros partidos obreros, y con respecto a partidos no obreros, señala que tenderían a extinguirse con las políticas socialistas de ese Estado obrero.

Pertenece a la Liga Internacional de los Trabajadores (LIT), una de las internacionales de orientación troskista. El PT es el único partido de izquierda en el país que sostiene que en el Paraguay se vive una situación prerrevolucionaria, de doble poder. Mina Feliciángeli afirmaba que "consideramos que existe un doble poder en el país, porque el Gobierno y las instituciones de la burguesía, que son los partidos tradicionales, el Parlamento, el Poder Judicial y todo el aparato del Estado, están inmersos en una profunda crisis... y, por otro lado, se encuentra el pueblo, que cada día tiene un mayor nivel de organización sindical y campesina, que fuerza al Gobierno a retroceder ante sus planteamientos, pues, concretamente, los campesinos y obreros van imponiendo sus propios derechos y reivindicaciones" ¹⁷.

Se trata, entonces, de un partido socialista revolucionario, que considera al PRF como un partido de centro en el mejor de los casos, y sobre todo de acuerdo a su ubicación en el plano internacional, que señala la necesidad de revoluciones políticas en los llamados Estados

15. Entrevista de los autores.

16. El Socialista, No.1

17. Diario Última Hora, Asunción, 26 de mayo de 1990.

obreros. Su proyecto estratégico remite más que a una democracia representativa a una —así llamada— democracia popular, ya que pretende ser un partido representativo de clase, mantiene cierta inserción en el movimiento sindical urbano y también alguna presencia en áreas rurales, como en el Alto Paraná, por ejemplo.

Propugnó un Frente de los Trabajadores y la Izquierda “con todos los sectores obreros, campesinos y populares, donde se decida democráticamente las candidaturas y el programa”¹⁸. Con esto pretendió distanciarse de la candidatura lanzada por la Central Unitaria de Trabajadores para la intendencia de Asunción, ya que la CUT rechazaba la posibilidad de alianzas con partidos, y que la candidatura de ese Frente se discutiera entre las organizaciones que lo componen en abierta crítica a la metodología seguida por la CUT para lanzar a Carlos Filizzola como candidato para intendente de Asunción. Las relaciones entre la dirigencia de la CUT y la del PT son casi inexistentes. La primera crítica al PT es de querer partidizar el movimiento sindical, y el PT reprocha el carácter supuestamente burocrático de los dirigentes de la Central.

Según sus dirigentes, el PT cuenta con unos 3.000 afiliados. Se presentó en alrededor de 10 localidades, obtuvo una sola concejalía en todo el país y en Asunción llegó al 0,2% de los votos. El PT cuenta con cierta influencia en una zona del este del país (donde se presentan conflictos de tierra) pero sin que ello sea relevante en términos políticos.

c. El PDP: el pueblo, la nación y el anti-imperialismo. Nacionalismo revolucionario

A mediados de 1987, impulsado básicamente por dirigentes de organizaciones estudiantiles, nace el Movimiento Democrático Popular (MDP). Este movimiento se propone ocupar el espacio de izquierda del PRF, con reivindicaciones de independencia nacional desde la perspectiva de los sectores populares. Siguiendo a Touraine, consideramos que se ubica dentro del nacionalismo revolucionario, “que ha atraído con fuerza excepcional a tantos intelectuales latinoamericanos. La integración nacional tiene que formarse a través de la lucha antiimperialista, y esta lucha se identifica con la lucha de clases anticapitalista. Clase y Nación son dos formas del mismo actor de las luchas libertadoras”¹⁹.

El MDP no solicitó su inscripción como partido político ante la Junta Electoral Central después del golpe del 2 y 3 de febrero, ya que la

18. El Socialista, No. 18. Primera quincena de marzo de 1990.

19. Touraine, 1984: 16

moción pertinente fue derrotada en un congreso extraordinario del movimiento por un voto de diferencia. El motivo esgrimido fue que era muy poca la variación en el sistema político antes y después del levantamiento militar.

El MDP había perdido a casi toda la dirigencia estudiantil que participó en su formación, y cada vez se aproximaba más a una élite inorgánica y acentuadamente autonomizada de las organizaciones sociales, lo que lo emparentaba progresivamente con las características del PRF.

A diferencia del PT, el MDP apela con más fuerza al pasado histórico de Francia y los López, a la existencia de un "Estado Nacional Independiente". El PT pone más énfasis en la dimensión de clase antes que en el nacionalismo, aunque los dos se orientan hacia perspectivas revolucionarias.

Con esas características surge, a finales de abril de 1990, el Partido Democrático Popular (PDP) a partir de la fusión del MDP, el Movimiento Independiente de Trabajadores 1o. de Mayo y el Partido Obrero y Campesino, estos dos últimos con algunas bases campesinas. El énfasis sigue puesto en la liberación nacional, con orientación revolucionaria. Como el PT, el marxismo leninismo ocupa un lugar relevante como referente ideológico del PDP. Posee dirigentes insertados en el movimiento sindical y alguna vinculación con organizaciones campesinas, pero no pasa de ser hoy un partido pequeño.

Al igual que el PT, la movilización ocupa un lugar relevante en su línea política declarada. Formó el "Frente de Unidad Popular" de organizaciones no partidarias tales como la Corriente Patria Libre (CPL) —desprendimiento del MDP—, Alternativa Socialista, Círculos Revolucionarios, el MOPALI y la Coordinadora Nacional de Lucha por la Tierra y la Vivienda (CNLTV). Este Frente se presentó en las elecciones municipales con la deserción de CPL, la cual presentó su propia candidatura. Estas organizaciones comparten claves ideológicas con el PDP. Tanto el MOPALI como Alternativa Socialista (además de CPL y los hoy extintos Círculos Revolucionarios) constituyen microgrupos sin incidencia política alguna.

El PDP ha realizado las mismas críticas que el PT a la forma y al fondo de la candidatura lanzada por la CUT. Sin embargo las relaciones entre el PDP y la CUT son mejores que las existentes entre el PT y la CUT. Cuenta con unos 500 afiliados. El Frente de la Unidad Popular se presentó sólo en Asunción y no obtuvo ninguna concejalía y su caudal electoral fue menor que el del PT.

d. El Partido Comunista Paraguayo: unidad por la democracia desde la movilización.

Para analizar la posición del PCP en el actual proceso político hemos utilizado algunos de sus comunicados a la opinión pública y un proyecto de informe sobre la situación nacional dirigido al Comité Central por parte de la Comisión Política, que está fechado el 27 de agosto de 1989.

El PCP reconoce los cambios operados desde febrero de 1989. En el proyecto de informe del 27 de agosto se puede leer que "El levantamiento militar o golpe de Estado del 3 de febrero cte. dio por tierra con la era stronista, y abrió un proceso de cambios políticos limitados pero importantes, en la superestructura del Estado y de la sociedad, proceso contradictorio caracterizado por la conquista de ciertas libertades y derechos, por un lado, y por la permanencia de fuertes resabios stronistas, por el otro".

Con el reconocimiento de los cambios operados, el proyecto de informe expone que debe definirse con claridad la nueva línea política. Bajo Stroessner, las tesis del 3er. Congreso del Partido establecían una clara línea orientada a acumular fuerzas para el derrocamiento de la dictadura, recurriendo a todas las formas de lucha, sean clandestinas, legales, no armadas o insurreccionales. Las Tesis afirmaban: "Mientras exista una dictadura fascista que cierra el camino hacia las transformaciones necesarias, no habrá otro camino más que el levantamiento general del pueblo, la insurrección popular".

"En la actualidad, cuando Stroessner ha sido derrocado, pero permanece casi intacto el aparato represivo y no ha sido desmontado o desmantelado en su esencia el régimen dictatorial, se han abierto nuevos cauces de lucha legal por las reivindicaciones populares y por la democratización. Al mismo tiempo hay elementos y signos de continuismo dictatorial, y de un stronismo sin Stroessner en los puestos de mando del gobierno. Por ello no es posible desmovilizarse".

El PCP, al igual que el PT, subraya el carácter de clase del gobierno del General Rodríguez, su dependencia de EE.UU., las características oligárquicas de la transición y, por consiguiente, la necesidad de la organización de los sectores populares en la construcción de una vanguardia revolucionaria. Sin embargo, en el momento presente, el PCP parece poner igual énfasis en la unidad de las fuerzas democráticas para hacer avanzar el proceso de recuperación de libertades públicas. Y esa unidad es entendida en sentido amplio, no limitado a organizaciones de izquierda. En este aspecto se aproxima a la propuesta febrerista del pacto democrático. A diferencia del PT, las consignas actuales del PCP no hacen especial hincapié en la construcción del socialismo, sino en lo que podría considerarse un proceso de liberación

nacional —“revolución democrática, agraria y antiimperialista”— en la perspectiva del socialismo.

Todo parece indicar que el PCP acepta las actuales reglas del juego y está dispuesto a sumarse al proceso desde la legalidad vigente para ocupar un espacio dentro de la izquierda marxista. Reconoce explícitamente los cambios operados y la existencia de sectores institucionalistas en las FF.AA. Apoyó la candidatura independiente de Carlos Filizola.

El PCP ha venido desarrollando un discurso cada vez más próximo al socialismo democrático y, en su Cuarto Congreso, el primero que realiza en su historia en la legalidad en Paraguay, manteniendo su adscripción al marxismo se reivindicó un socialismo democrático y humanista. En ese Congreso, realizado a finales de julio de 1991 en Asunción, se aprobó una línea de unidad amplia para consolidar el proceso de transición, diferenciándose claramente de la perspectiva clasista del PT. El PCP tienen hoy menos de 200 miembros y su influencia en el movimiento de trabajadores es residual.

e. Partido Comunista Independiente (PCI)

A diferencia del otro Partido Comunista, el PCI se mantiene en la semiclandestinidad. Opuesto a la perestroika, sus referentes marxistas leninistas se ubican en el marco del stalinismo. Ha estado próximo a la República Popular China, en cuanto a su orientación internacional.

Niega que en el país se hayan producido cambios desde el golpe militar de 1989, de allí que su línea política no haya sufrido variaciones. Reprocha al PCP ser un partido que abandonó el marxismo leninismo, al punto de considerar que “se trata de un partido burgués más, que marcha a la cola de los partidos de latifundistas y burgueses y cuyo único objetivo es servir los intereses del socialimperialismo ruso”²⁰. En este mismo documento aclara su método de lucha haciendo un llamamiento al pueblo a “luchar enérgicamente por sus reclamos urgentes, como el aumento de salarios, el aumento del precio del algodón, la soja, la caña de azúcar, la libertad de los presos, y al mismo tiempo, le llama a prepararse y organizarse activamente para la lucha armada. Esta es la forma principal de lucha que las masas deben usar para echar abajo el régimen militar antinacional.”

La gravitación social del PCI es mínima. Se encuentra aislado del resto de la izquierda y durante 1991 prácticamente desapareció del escenario político.

20. Comunicado del PCI del 10. de marzo de 1990.

3. ASUNCIÓN PARA TODOS: LA EMERGENCIA DE UNA IZQUIERDA NO PARTIDARIA

El Movimiento Ciudadano Asunción Para Todos (ATP) fue el resultado de la confluencia de dos sectores de orientación progresista que no encontraban referentes organizativos adecuados en los partidos locales de izquierda y de centro izquierda. Por un lado, un sector de la dirigencia de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT) y, por otro, miembros de la pequeña burguesía urbana asuncena, algunos de los cuales son independientes y otros están afiliados o son simpatizantes de partidos tradicionales pero muy críticos hacia éstos.

APT buscó ocupar el espacio de un centro progresista o centro izquierda en la capital, con una fuerte crítica concentrada en el Partido Colorado como símbolo del continuismo de las prácticas autoritarias y corruptas e insistiendo en la participación activa de sus simpatizantes en una organización que tenía mucho de espontaneidad durante la campaña electoral, pero combinado con un comando electoral muy eficaz.

APT surgió así como una izquierda social, no en la forma partido, con orientación no explicitada socialista democrática. De allí que su competidor por el mismo espacio fue el febrerismo, al cual desplazó a un cuarto lugar en la capital. De hecho, varios dirigentes febreristas disidentes con la actual conducción partidaria además de ser simpatizantes se incorporaron a APT, comenzando por el actual presidente de la Junta Municipal.

Desde la perspectiva de la composición social de APT, al lado de esa dirigencia de sectores medios se fueron formando más de cincuenta comisiones de apoyo en barrios populares, gran parte de ellas compuesta por afiliados al Partido Colorado, lo cual hizo que APT no quedara reducido a un movimiento de élites.

Además, es muy importante el componente juvenil del movimiento, lo cual se materializó en la formación del Gobierno Municipal comenzando con el nuevo intendente que tiene sólo 31 años. APT contó también con el apoyo de sectores de base de la Iglesia Católica, donde el papel de los laicos jóvenes fue muy importante.

APT obtuvo el 35% de los votos en la capital. Dejó en segundo lugar al Partido Colorado con un 27%. Después de las elecciones municipales, en una plenaria realizada en julio de 1991, APT se convirtió en un movimiento político con proyección nacional. Decidió formar parte de un tercer frente, diferenciado de colorados y liberales, para la Constituyente, juntamente con la Central Unitaria de Trabajadores y organizaciones campesinas.

APT es el resultado de una síntesis de más de veinte años de resistencia social a la dictadura del General Alfredo Stroessner que incluyó a dirigencias estudiantiles, intelectuales, profesionales y de trabajadores que no llegó a cuajar en un partido.

4. LA IZQUIERDA EN UNA TRANSICION CONSERVADORA

Se tienen así, por un lado, un partido que se asume socialista democrático, el Febrerista, pero que hasta el momento ha desarrollado poco ese perfil y se aproxima cada vez más a un partido de centro y, por otro, una izquierda revolucionaria con muy poca implantación nacional en comparación con los grandes partidos tradicionales. En ese espacio de centro izquierda que no estaba ocupado emergió APT. Dentro de esta izquierda se observan también diferentes estrategias, lecturas de la coyuntura e, incluso, modelos de sociedad.

Todo parece indicar que el proceso transicional paraguayo difícilmente pueda articular democracia política con democracia social, ciudadanía política y ciudadanía social. Los partidos políticos, tanto el oficialista Partido Colorado como los de oposición parlamentaria —y algunos de la oposición no parlamentaria— privilegian la constitución de un orden basado en libertades políticas bajo la vigencia de un Estado de Derecho (democracia política). Mientras, las organizaciones sociales de los sectores populares, aunque apoyaron las luchas por la democracia política, demandan con especial insistencia participación social (democracia social), esto es, tierra, trabajo, salarios justos, educación, vivienda. Desde el golpe dirigido por el Gral. Andrés Rodríguez, sindicatos de trabajadores urbanos y organizaciones campesinas han acentuado sus movilizaciones, se han creado nuevos sindicatos, pobladores urbanos y campesinos sin tierras han ocupado terrenos, pero al margen de los partidos políticos.

La aceleración del tiempo societal no encontró (ni encuentra) a una izquierda partidaria socialista fuerte e insertada socialmente. Las elecciones municipales mostraron, sin embargo, un fuerte desgaste del conservador Partido Colorado y el quiebre del bipartidismo en la capital desde una perspectiva de centro izquierda.

El reto de la izquierda está en tratar de articularse fuerte y orgánicamente con la sociedad civil. Basada en un proyecto que pueda combinar transformaciones estructurales en el marco de un régimen democrático, desarrollando partidos-programa y con una dirigencia y militancia cualificadas y vinculadas a la sociedad, podría ir tentando la conformación de un amplio espectro interesado en reformas profundas. Pero "la forma partido no contiene la totalidad del

movimiento socialista ni tampoco la vanguardia esclarecida cuya labor pedagógica de difusión del saber socialista opera como única vía de acceso del movimiento social a los niveles más elevados de conciencia. No se trata, por supuesto, de negar el papel articulador básico de la forma partido, pero sí de insistir en que lo político no está ausente del movimiento social y no se concentra de manera exclusiva en la forma partido” 21.

El actual proceso de apertura política es una oportunidad para que la izquierda inicie un debate abierto y pluralista sobre sus referentes ideológicos, sus modelos de sociedad, sus estrategias, tácticas, formas organizativas y programas. La renovación y una fluida comunicación con el movimiento popular son dos condiciones fundamentales para su crecimiento. Una izquierda débil y enclaustrada en élites no hace sino favorecer el carácter conservador del actual proceso político.

El próximo proceso constituyente puede ser un banco de pruebas para observar las posibilidades de implantación de una tercera alternativa, progresista, a nivel nacional. De dárse un buen resultado electoral se darán posibilidades para que emerja una izquierda no testimonial en el espectro político del Paraguay.

BIBLIOGRAFIA

- Martini, Carlos y Lezcano, Carlos María. "Sociedad política y organizaciones socialistas en la transición paraguaya", Grupo de Ciencias Sociales (GCS), Documento de Trabajo No. 2, julio de 1989 (Serie Roja), GCS, Asunción. Ponencia presentada en el Seminario Internacional "Escenarios Políticos de la Transición a la Democracia". Asunción, 19, 20 y 21 de julio de 1989. Organizado por FLACSO-Santiago, La Fundación Pablo Iglesias y el Centro de Documentación y Estudios.
- Martini, Carlos, "Socialistas y comunistas ante la transición: tensiones entre la negociación y la movilización", ponencia presentada en el Seminario "La construcción del universo político. Conflictos, discurso, rituales y lo imaginario, organizado por el CIDSEP, Encuentro Interdisciplinario: Estudios sobre la Mujer y el Centro de Documentación y Estudios, Asunción, 24 y 25 de noviembre de 1989
- Martini, Carlos, "La izquierda y la transición", Notas y Debate No. 3, G.C.S., Asunción, noviembre 1990.

- Martini, Carlos, "Izquierda y transición: socialistas y comunistas ante la apertura política", en Estado, partidos políticos y sociedad. Análisis de la transición paraguaya, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, Asunción, 1990.
- Martini, Carlos, "Paraguay: del golpe militar a las elecciones municipales: trayectoria del final del monopolio político del Partido Colorado", Ponencia presentada en la reunión del Grupo de Partidos Políticos del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), México, 19-21 junio 1991.
- Lezcano, Carlos María, "El régimen militar de Alfredo Stroessner: Fuerzas Armadas y Política en el Paraguay (1954-1989)", Grupo de Ciencias Sociales (GCS), Documento de Trabajo No. 1, Asunción, mayo de 1989, (Serie Roja).
- Bareiro, Line, "Coyuntura política", Banco Paraguayo de Datos (BPD), Mimeo, Asunción, 1982.
- Riquelme, Marcial, et.al.; (con la colaboración de Carlos Martini), Reforma, ruptura o continuismo en el Paraguay. Dificultades y perspectivas para una apertura democrática, Fundación Friedrich Naumann, Documento de Trabajo No. 1, Asunción, agosto de 1988.
- Morínigo, José Nicolás, "Estructuras de poder y fuerzas sociales en el proceso político paraguayo a partir de la post-guerra del Chaco", Criterio, (2a época), Asunción, No. 2: 15-22, junio de 1977.
- Nickson, Andrew, "Breve historia del movimiento obrero paraguayo, 1880-1984", Centro de Documentación y Estudios (CDE), Contribuciones, No. 1, Asunción, marzo de 1987.
- Touraine, Alain, "Las pautas de la acción colectiva", Revista Paraguaya de Sociología, Asunción, 21 (60): 7-32, agosto de 1984.
- Touraine, Alain, Actores sociales y sistemas políticos en América Latina. PREALC, Santiago, 1987.
- Morínigo, José N. y Silvero, Ilde, Opiniones y actitudes políticas en el Paraguay. Resultados de una encuesta de opinión, Editorial Histórica/Fundación Friedrich Naumann/Universidad Católica "Nuestra Señora de la Asunción", Asunción, 1986.
- El Socialista, vocero del Partido de los Trabajadores, Asunción, números comprendidos entre abril de 1989 y mayo de 1991.
- Pereyra, Carlos, "Partido y sociedad civil", en Vega, Juan E. (coord.), Teoría y política de América Latina, Libros del CIDE, México, 1984.
- Adelante, órgano del Partido Comunista Paraguayo, números comprendidos entre noviembre de 1989 y junio de 1991.
- Tetaguá Sapukai, órgano oficial del Movimiento Democrático Popular (MDP), números comprendidos entre enero y marzo de 1990.

**Las izquierdas y la
transición en el
Paraguay.**

- El Pueblo, órgano oficial del Partido Revolucionario Febrerista, números comprendidos entre febrero de 1989 y agosto de 1990.
- Rivarola, Milda, "Partido Socialista Paraguayo", Revista Paraguaya de Sociología, No. 78: 7-20. Mayo-agosto 1990, Asunción.
- Lezcano, Carlos María y Martini, Carlos, "Es posible la transición pactada en el Paraguay? Fuerzas Armadas y Partidos Políticos en la coyuntura", en Rivarola, Domingo, Cavarozzi, Marcelo, Garretón, Manuel Antonio, Militares y políticos una transición atípica, Grupo de Trabajo de Partidos Políticos; CLACSO, Buenos Aires, abril 1991, p. 99-123.
- Garretón, Manuel, "La Democratización Política en América Latina y la crisis de paradigmas", FLACSO, Santiago, marzo 1991.
- Cavarozzi, Marcelo; Garretón, Manuel Antonio, "Muerte y resurrección; los partidos políticos en el autoritarismo y las transiciones del Cono Sur", FLACSO, Santiago, junio 1989.
- Análisis del mes, BASE/ECTA, Asunción, junio 1991.

PARTIDOS POLITICOS Y MODERNIZACION DEL ESTADO¹

Francisco Panizza y Carlos Muñoz*

En un trabajo anterior², que forma parte de la investigación de la cual esta ponencia resume un tercer avance, sugerí que en el Uruguay post autoritario las relaciones entre el estado y la sociedad civil eran el resultado de la articulación de tres dimensiones no separables pero claramente distinguibles en la coyuntura de retorno al orden democrático: La primera era la derivada de las características específicas que adquirió en el Uruguay el proceso de transición del régimen militar al gobierno civil. La segunda era el resultado de las grandes transformaciones sociales y tecnológicas que marcan el tiempo histórico de la década del 80. La tercera era la consecuencia que, sobre el proceso de transición a la democracia, arroja el largo período histórico de declinio relativo de la sociedad uruguaya y el fracaso de los sucesivos intentos, de los cuales el de los militares era solamente el último de ellos, de lograr su recomposición.

Retomando dichas dimensiones y en relación al debate actual sobre el estado y sus posibles modificaciones en la década del 90, quiero ahora sugerir que por detrás de las diversas posiciones políticas sobre

*) Francisco Panizza y Carlos Muñoz son investigadores en el Instituto de Ciencia Política de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.

1. Esta ponencia es parte de un proyecto de investigación en progreso sobre "Partidos Políticos y Modernización del Estado", realizada en el Instituto de Ciencia Política de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y con apoyo financiero de la Dirección General de Planeamiento Universitario. En este proyecto forman parte del equipo de investigadores Carlos Muñoz y Alicia Veneziano, a los cuales les agradezco sus importantes contribuciones a este trabajo.

2. "Estado y sociedad civil en el Uruguay de Post Guerra: Unidades imaginarias, fragmentaciones excluyentes e inclusiones precarias". Ponencia presentada al Seminario Interno de Investigación del Instituto de Ciencias Sociales, Montevideo, mayo de 1988.

aspectos específicos de la reforma del estado hay tres cuestiones que, en cada caso, definen los términos y límites de dicho debate. Estas cuestiones son: a) Las variaciones en las concepciones sobre la inserción del país en el orden internacional; b) la forma como, a partir de lo anterior, se entiende su historia y; c) el de como se concibe el lugar de lo privado en la sociedad uruguaya. En cada caso voy a referirme brevemente a como esas percepciones han variado históricamente, como afectan las visiones sobre el rol del estado y cuales son los márgenes de variabilidad del debate actual.

a) Un país obsesionado por su afuera

Como lo ha hecho notar Theda Skokpol, los análisis contemporáneos sobre el estado tienden a no tomar en cuenta que estos aparatos se conforman no sólo en relación a un orden interno sino también con referencia a un espacio exterior. Pero aquí voy a tomar esta referencia externa en un sentido muy diferente al que lo hace la propia Skokpol. Más que a lo "internacional" propiamente dicho voy a referirme a como incide, en las concepciones sobre el papel del estado, un "afuera" a la vez constitutivo y constituyente de la identidad de la sociedad uruguaya y de sus dislocaciones.

Como marca el subtítulo de esta sección, la sociedad uruguaya, cuyas fronteras, cabe recordarlo, sólo se consolidaron muchos años después de nuestra independencia, vivió obsesionada por definir su lugar en un orden supranacional. No me refiero aquí estrictamente a lo económico, aunque este aspecto haya sido fundamental desde el siglo XIX hasta nuestros días. Creo, sin embargo, que la forma como se conciben las modalidades de intercambio económico entre el Uruguay y el mundo sólo son entendibles en términos de pautas más amplias, de tipo político-cultural las cuales definen el lugar de "lo económico".

En este sentido, la tradición colorada, que es posible rastrear hasta la Guerra Grande, concibió al afuera de la sociedad uruguaya como parte de un espacio común constituido como imagen y constitutivo como mirada.

Con lo anterior me estoy refiriendo a un aspecto clave de dicha tradición que sería retomada por el imaginario batllista, es decir, a una forma de ver la sociedad uruguaya en la cual esta, por una parte, era vista como perteneciendo naturalmente a una dimensión más amplia que la de la Nación y, por la otra, buscó permanentemente la confirmación rastrear hasta la Guerra Grande, concibieron al afuera de la sociedad uruguaya, no en términos de antagonismos, sino como parte de un espacio común constituido como imagen y constitutivo como mirada.

Con lo anterior me estoy refiriendo a un aspecto clave del imaginario batllista³, es decir, a una forma de ver la sociedad uruguaya en la cual esta, por una parte, era vista como perteneciendo naturalmente a una dimensión más amplia que la de la Nación y, por la otra, buscó permanentemente la afirmación de esa identidad en la confirmación externa de nuestra "excepcionalidad".

Para la tradición batllista el Uruguay es parte de un espacio en que lo "interno" y lo "externo" no tienen fronteras fuertes. Ello no quiere decir que tanto el batllismo temprano como el neobatllismo no hayan tenido conflictos de orden económico con países o empresas extranjeras. Valga recordar los enfrentamientos del primer batllismo con el Imperio Británico con ocasión del monopolio de los seguros y las denuncias del segundo sobre los problemas de la comercialización internacional de nuestros productos agropecuarios. Pero esos conflictos no son conflictos "de pertenencia". Como tales no son diferentes, en última instancia, de los que pueden producirse al interior de una sociedad.

En cuanto tal el Uruguay, para la tradición batllista, se identifica a partir de ciertos valores, pautas culturales y formas organización social con un conjunto más amplio del cual se formaba parte o se aspiraba a formar.

Originariamente este conjunto puede identificarse como lo que fue la noción de "Civilización" en la dicotomía "Civilización o Barbarie", para luego sufrir diversos desplazamientos a partir de los diferentes momentos por los cuales atravesó históricamente esta tradición.

Con lo anterior estoy marcando dos cosas, relacionadas entre sí, pero no exactamente iguales. La primera que ha sido ya señalada por diversos estudiosos de la ideología batllista: se refiere al fuerte carácter internacionalista de esta tradición. Baste recordar, con propósito impresionista, el hecho de que nuestras escuelas públicas llevan los nombres de todos los países del mundo, o en otra clave, que en las convenciones batllistas de la década del 20 se cantaba el himno a Garibaldi⁴.

3. Para un análisis del imaginario batllista véase el documento referido en la primera nota de este trabajo.

4. Algo muy similar a lo que intento formular en este párrafo fue expresado por Horacio Martorelli. Con referencia a la identificación del Partido Nacional con la idea de "patria" anota Martorelli que los colorados jamás usan la palabra "patria" y "nación", sino otras tales como "país" y "república" en su lenguaje político. Señala también que, hasta hace poco, el Himno Nacional se tocaba en actos blancos y no colorados, no porque estos últimos no se sintieran uruguayos, sino porque se sabía que lo cantaban los blancos. (Intervención oral de Horacio Martorelli en la 4ª reunión sobre "Bloqueos y Aprendizajes en la Cultura Política", mimeo, CLAEH 1988, pág. 27).

Pero, además y como consecuencia de lo anterior, dentro de la tradición batllista la lectura de la sociedad uruguaya se hace a partir de determinadas claves externas. No estoy por cierto con esto acusando al batllismo de "alienado" o "antinacional". Lo que si quiero decir es que para el batllismo es necesario percibir lo que está pasando "afuera" para, a partir de ello, determinar el rumbo de la sociedad uruguaya. La siguiente cita, una de las más conocidas de Luis Batlle ilustra el sentido de lo que estoy afirmando:

"He tenido oportunidad ya de decir a quienes han llegado a la Casa de Gobierno para conocer en algo mi pensamiento que no es posible desatender el hecho de que la humanidad está viviendo una violenta revolución social y política que convulsiona a todos los pueblos. Nadie puede pretender que nos pongamos al margen de este movimiento para apedrearlo..."⁵

En otras palabras: Lo que pasa en el mundo (una violenta revolución), nos muestra la imagen de lo que ha de pasar en el Uruguay (ello no significa que esa imagen sea siempre necesariamente deseable o positiva). El país no tiene otra opción que adaptarse a las circunstancias generadas exógenamente, aunque eventualmente puedan haber diversas estrategias de adaptación.

Pero, como se ha dicho arriba, para el batllismo el exterior es al mismo tiempo imagen y mirada. En cuanto a mirada nos confirma nuestra identidad como parte de un orden social. En el imaginario batllista la mirada del "afuera" confirma la identidad del Uruguay en cuanto "excepcionalidad": El país es parte de un cierto orden supranacional en cuanto, simultáneamente, no forma parte de un conjunto de atributos negativos de otros países. La mirada que confirma que "como el Uruguay no hay" puede tener diversas variaciones, desde aspectos de genuina cultura popular hasta sus versiones escolares y oficiales, desde el obsesivo registro periodístico de comentarios en este sentido, en una verdadera versión moderna de los "relatos de viajeros" del siglo XIX, pasando por el, también obsesivo, tema de los "uruguayos que triunfan en el exterior" hasta las continuas alusiones a esa excepcionalidad en los discursos políticos del período, tal como el que se transcribe a continuación, también de Luis Batlle:

"Debo reclamar a todos los ciudadanos que al considerar el panorama que ofrece América —no me parece bien referirme a Europa— reconozcan con sinceridad la situación de privilegio en que se halla nuestra República"⁶.

5. Extraído de Batlle, Luis, "Doctrina y Acción", selección y prólogo por Santiago Rompani, Montevideo, Arca 1965, págs. 56-57.

6. Ibid., pág. 57.

A diferencia de las tradiciones colorada y batllista, la blanca, especialmente la herrerista, han visto tradicionalmente al Uruguay desde lo local o, en todo caso desde lo regional. Para esta tradición el "afuera" es una frontera más "dura" que en la anterior, en cuanto el mismo constituye, con diversas variantes del discurso de la Nación algo que ésta no es. La siguiente cita, de una entrevista a Wilson Ferreira Aldunate en el año 1971 da una aproximación a esta visión alternativa:

"Yo creo que el objetivo es independizar al país, autonomizar al país, que sea el propio país el que decida atendiendo a su interés nacional concreto. Esto es lo que a Uruguay le enseñó Herrera, en una lección que confieso que al principio no entendí y que tampoco entendí toda la izquierda nacional⁷.

A fines de la década del 60 y comienzos de la del 70 la visión "batllista" del "afuera" deja cada vez más de tener vigencia social, en consonancia con la crisis de ese imaginario. Pero no es solo la visión propia de ciertos sectores del Partido Nacional la que empieza a tener mayor visibilidad, sino que también la adquiere otro tipo de visión, propia de la cultura de la crisis y de la importancia que tiene en este periodo la expansión político-cultural de la izquierda. En ésta el afuera, lejos de representar un espacio común constituyente y constitutivo de la identidad nacional, viene a significar la dislocación de dicha identidad. Este cambio no solo es visible en cierto tipo de discurso marxista, en el cual ciertamente ya estaba presente con anterioridad a este periodo, sino en sectores que, aún parte de la izquierda, no se alienaban con el marxismo. Así, valga como ejemplo, el párrafo que sigue, de la declaración constitutiva del Frente del Pueblo, integrado por el PDC y la entonces Lista 99:

"El Frente del Pueblo tiene su origen en las amplias coincidencias comprobadas a lo largo de un extenso periodo de luchas por los intereses populares. Estos permiten afirmar sus convicciones (...)"

"(...) su oposición frontal al imperialismo y a toda forma de opresión, tutelaje o dependencia externa, concretado en la voluntad de luchar por la liberación y el desarrollo de los países del Tercer Mundo y por la integración que reconstruya federativamente la Patria grande latinoamericana; (...)"⁸

Estos núcleos de concentración de poder externo (el imperialismo, la dependencia, etc.), están, a su vez, articulados con núcleos internos.

7. Entrevista a Wilson Ferreira Aldunate, 9 de julio de 1971. Transcrito en Instituto de Ciencias Sociales, "Partidos Políticos y Clases Sociales en el Uruguay", Fundación de Cultura Universitaria, Montevideo, 1972, pág. 62.

8. Constitución del Frente del Pueblo en Instituto de Ciencias Sociales, "Partidos Políticos..." op. cit., pág. 78.

Así, como se manifiesta en la proclamación del general Líber Seregni, publicada en el número 46 de "Cuadernos de Marcha":

"Porque, es claro, la oligarquía dominante está ligada a poderosos intereses extranjeros, es la impresión interna de nuestra dependencia de las grandes potencias capitalistas, que nos fijan los precios, que nos imponen términos de intercambio adversos"⁹.

No quiero aquí postular que la izquierda y el Partido Nacional tuvieran una misma visión sobre la relación del país con el exterior en términos de política internacional, relaciones económicas, etc. Lo que sí quiero marcar como característica de este periodo es la percepción que la sociedad uruguaya se ve dislocada por la existencia de ciertos núcleos de poder externos identificables en forma más o menos precisa y con diversos grados de correspondencia con núcleos de poder internos. Por consiguiente, la reinstalación de la plenitud perdida del "pueblo/nación", la búsqueda de la liberación o del fin de la dependencia, supone la confrontación con dichos núcleos.

Ahora bien, esa confrontación tiene como requerimiento básico, cualquiera sean los diferentes sentidos y acentos que se pongan a la misma, la necesidad de un instrumento adecuado para reparar la dislocación resultante del afuera que introduce la negatividad en la sociedad uruguaya. Ese instrumento solo puede ser el estado, el único capaz de reunir la necesaria concentración de poder requerida para superar los efectos disruptivos de los núcleos de poder externos e internos.

Si con todos sus matices y diferencias esta visión de la relación de la sociedad uruguaya con su afuera tuvo una alta vigencia social durante fines de la década del 60 y comienzos de la del 70, durante este periodo fue muy difícil para los grupos que en el pasado se habían identificado con lo que aquí se ha caracterizado como la "imagen y mirada" propia del Uruguay batllista el articular una forma alternativa de identificación social. Creo que ello ha variado en la actualidad y que ello, obviamente, tiene repercusiones importantes para las diversas concepciones sobre el estado.

Hay tres elementos que han introducido nuevas formas de concebir la relación de la sociedad uruguaya con su afuera y, por consiguiente, de esta sociedad consigo misma. Estos son la reformulación del mito tradicional de la excepcionalidad del Uruguay, ahora como confirmación de identidad pero también como negatividad, los desplazamientos y relativizaciones en la identificación de los núcleos externos e internos que en el pasado se postulaban como disruptivos de la plenitud de la sociedad uruguaya y la incorporación de nuevas formas de identidad

9. Proclamación del General Líber Seregni, en Instituto de Ciencias Sociales "Partidos Políticos", op. cit., pág. 73.

ciudadana. Veamos el primero en relación con la reconstitución de la tradición batllista en este respecto.

Francisco Panizza y
Carlos Muñoz

Existe aquí un punto central para comprender como es posible para un discurso que siempre estuvo asociado a un fuerte intervencionismo estatal presentarse ahora como un discurso desestatizante manteniéndose, no obstante, dentro de una misma tradición, la que aquí se ha llamado "colorado-batllista". El punto es que, como tal, la tradición no se constituye al nivel específico del rol del estado, sino al que he señalado al comienzo de esta sección, es decir, el de la imagen y mirada que constituye la sociedad. Y en ese sentido, el discurso al que me voy a referir, es decir el discurso del tercer batllismo, (principalmente tal como el mismo es reformulado por Jorge Batlle), se entronca dentro de dicha tradición.

En cuanto tal, el principal elemento de continuidad en esta tradición es que la lectura de la sociedad uruguaya se sigue haciendo a partir de claves externas, las cuales indican el camino a seguir y la imagen de lo que se desea ser. Lo que acontece en el mundo es para Jorge Batlle, como lo fue para su padre, un punto de entrada para entender al país:

"Nosotros tenemos el enorme privilegio de ser contemporáneos testigos y protagonistas —sin saberlo quizás la inmensa mayoría de nosotros— de un cambio como no ha existido nunca en la historia de la humanidad. Se avecina una forma de intercambios de cosas, de cultura, de informaciones, de personas". (...)

"Es otro mundo. ¿Entonces el Uruguay va a estar solo remitido a ver si puede vender arroz en Río Grande o en San Pablo o en Santa Catarina? Hoy tenemos el mundo por horizonte y la materia prima más importante es el talento, no lo que se produce"¹⁰.

Si esta inserción en una dimensión temporal planetaria de espacio sin fronteras aparentes ("El Uruguay ha comenzado a vivir un tiempo que no es el de sí mismo, sino un tiempo del mundo")¹¹ nos indica desde donde se mira al Uruguay, ¿cuál es la imagen con la cual el país debe identificarse? La cita que sigue nos da una respuesta que une representaciones de una modernidad que condensa en un mismo párrafo códigos del 68 ("la imaginación al poder") con la cultura de la eficiencia de los 80 y evocaciones del mito de la "Suiza de América".

"El Uruguay tiene que ser como Holanda, políticamente como Suiza, pero en lo demás como Holanda: es el modelo ideal para el Uruguay—. Es un gran puerto, son unos comerciantes de novela, venden servicios, hacen poca cosa y lo que hacen lo hacen fantásticamente bien, desde

10. Entrevista a Jorge Batlle por Alvaro Barros Lemez, en "Batllistas" Colección Protagonistas, Monte Sexto, Montevideo 1989, pág. 86.

11. "El País" 1/2/87, pág. 12.

la agricultura hasta la industria, centros de producción muy importantes, de tecnología y de ciencia. Además son tipos con una imaginación local, "la imaginación al poder"¹².

Pero lo más importante es que el afuera no se constituye solamente como una identificación imaginaria sino que el mismo también ubica al Uruguay en un orden social de pertenencia supranacional en el cual se confirma su identidad, no como lo que se "desea ser" sino como lo que "siempre se fue", estableciéndose así un nuevo punto de enganche con la tradición que construyó ese "siempre se fue".

"Digamos que desde el punto de vista externo, el Uruguay volvió a ubicarse —en el panorama internacional— a los niveles en que el Uruguay estuvo ubicado en sus mejores tiempos. Un país serio, responsable, respetado, cumplidor con sus obligaciones (...) "¹³.

Que el Uruguay ha vuelto a pertenecer a ese orden no es presentado solamente por afirmaciones de líderes colorados, sino por la transcripción obsesiva de referencias al Uruguay por líderes del "afuera", principalmente del primer mundo. Las miradas de Felipe González, Mitterrand, Juan Pablo II, etc. dan al país un mandato y al mismo tiempo confirman una identidad.

Recuperar lo que "siempre se fue" en relación al "afuera" significa, dentro de esta tradición, recuperar un elemento que ha sido central, no sólo en el discurso de Jorge Batlle, sino en el de todo el Partido Colorado y el actual gobierno. Ese elemento es el de la excepcionalidad del Uruguay, en el sentido de como el mismo había sido formulada en el batllismo de postguerra:

"Las comparaciones son odiosas pero no tuvimos que pasar ni por el mil por ciento de inflación generado por la política equivocada (...) en Buenos Aires (...) ni tuvimos que pasar por lo que está pasando Brasil con la política cepalina en donde los intereses pasaron la última semana de 400 a 750 % anual"¹⁴.

Pero la excepcionalidad del Uruguay, marcada y remarcada hasta el cansancio con referencia a otros países de Latinoamérica, no sólo en relación a cuestiones económicas, sino también a valores políticos y sociales (como fue el caso cuando los sucesos de "La Tablada" en Argentina y del contraste entre las soluciones de ambos países de la cuestión militar) no puede sin embargo incorporar, hacia fines de los 80, la plenitud de los elementos que esa misma excepcionalidad tenía en los 40 y 50, la del Uruguay "ejemplo para el mundo". La diferencia

12. Entrevista a Jorge Batlle en A. Barros Lemez, op. cit., pág. 34.

13. Ibid., pág. 49.

14. "El País" 1/2/87, pág. 12.

entre ambos periodos radica en que, en el contemporáneo, el Uruguay debe también incorporar su "no-inserción" y su "excepcionalidad negativa", la cual radica precisamente en las fronteras que impiden la plena pertenencia al afuera imaginario. Esa "excepcionalidad negativa" es expresada como "no pertenencia" propia de un "país cerrado" y es el estado el punto de cierre que determina la "no pertenencia", como inmovilidad frente al nuevo tiempo planetario y como barrera frente a un mundo sin fronteras:

"Un estado inmovilizado como un cristal (...) que en lugar de invitarnos a crear, nos inventa todos los días barreras, con monopolios que no se cumplen, con puertos que se cierran... el estado tiene que achicarse".

Es claro entonces que la idea de que el estado "tiene que achicarse" lejos de ser incompatible con la tradición colorada, pasa a ser incorporada a esta tradición en cuanto el fin del encerramiento se vuelve condición para la plenitud de la identificación con un afuera sin fronteras que ha sido siempre parte de las diversas versiones de dicha tradición. La misma idea es recogida con referencia a la educación, un punto central en el programa de reforma del estado del tercer batllismo. Elemento clave de entrada en la "Civilización" en el discurso liberal desde la época de Sarmiento, la educación viene ahora a significar su opuesto:

"Una educación que es totalmente ajena al mundo para el cual forma gente, una educación que se basa en una filosofía del materialismo positivista o neopositivista, de una lógica meramente formal..."

En otras palabras. Ser parte de una tradición significa el insertarse dentro de los códigos narrativos de esa tradición, aunque el contenido de la historia sea diferente. En este sentido Jorge Batlle no sólo no se sale de la tradición de su partido con su discurso antiestatista, sino que por el contrario le da sentido al mismo porque habla desde dentro de esa tradición.

Por otra parte esta misma recuperación de determinados elementos del imaginario batllista tiene como contrapartida una cierta desarticulación de la visión del afuera propia de lo que hemos llamado "la cultura de la crisis", es decir sus propias formas de identificación de los núcleos externos e internos que en el pasado se postulaban como disruptivos de la sociedad uruguaya y su visión de dicha sociedad desde lo local o lo regional.

En la medida en que adquiere nuevamente cierta vigencia social el mito de la "excepcionalidad del Uruguay", sobre todo como una fuerte referencia contrastante a la situación político-económica de Brasil y Argentina, las visiones del Uruguay a partir de lo regional pueden ser descalificadas o, por lo menos relativizadas. Así lo ilustra las recientes

sugerencias del Ingeniero Vegh Villegas en las que se sugiere que "más vale tener amigos lejanos y ricos que parientes cercanos y pobres".

Pero esta desarticulación va más allá de una simple puesta en cuestión de las estrategias de integración regional. La noción básica de la centralidad de los núcleos de concentración de poder externo y sus correspondientes núcleos internos se hace significativamente más difusa. Y ello pese a la centralidad que tiene en la actual coyuntura todo lo relacionado con la deuda externa.

Así, aunque se afirme que "el Uruguay pertenece al área de los países profundamente perjudicados por el actual orden económico internacional" y que los sucesivos gobiernos "no han hecho sino profundizar su dependencia", y se diga que "El Frente Amplio se propone recuperar la soberanía uruguaya en todos los terrenos (...) con el fin de romper las relaciones de dependencia que condicionan las decisiones nacionales, para (...) reducir la vulnerabilidad externa del Uruguay respecto de los centros de poder transnacionales"¹⁵, estas afirmaciones no conllevan la misma capacidad de totalización que las que en la década del 70 partían de la afirmación básica del Frente Amplio como una organización política "anti-imperialista y antioligárquica"¹⁶.

No es esta una cuestión meramente retórica. Tampoco se explica exclusivamente por la nueva situación en el contexto internacional, en la cual los cambios en los países socialistas y el fin de la segunda guerra fría eroden los puntos de sustentación de los discursos bipolares que establecen fronteras fuertes. Estos cambios deben entenderse dentro de la cultura de la crisis en la cual se inserta el discurso de la izquierda. Más específicamente en la forma como la misma establece, a partir del proceso de redemocratización del Uruguay, su forma de mirar el adentro y el afuera del país.

Lo que cambia en este sentido es la posibilidad de establecer en este contexto una visión de la sociedad a partir de totalizaciones expresivas, es decir, de ciertos puntos de cierre (el imperialismo en el "afuera" y la oligarquía en el adentro) los cuales expresan la esencia de la totalidad de las relaciones de poder que caracterizan el orden social. Si ya no existe la posibilidad de identificar de la misma manera que antes los puntos de concentración de poder que deben ser enfrentados para restaurar la plenitud del pueblo/nación ello significa también que el estado pierde relativamente su condición de referencia central en ese enfrentamiento. La banca extranjera, el comercio exterior, la deuda

15. Proyecto de Plataforma Electoral del Frente Amplio, versión preparada para el Congreso 1 de junio de 1989.

16. Palabras que incidentalmente no aparecen en el documento programático del Frente o en el reciente discurso de su Presidente, general Liber Seregni en el acto en que se aprobó dicha plataforma.

externa podrán ser o no objeto de intervención estatal pero estas intervenciones parten de aspectos específicos y no tanto del estado como sustento de la sociedad.

Quiero finalmente referirme brevemente a como las nuevas formas de identidad ciudadana son parte de la "imagen y mirada" que constituye la sociedad uruguaya a partir de la relación con su afuera. En el discurso del tercer batllismo la ciudadanía quiebra también con su referencia a un ámbito interno que, por un lado la refería a la Nación y, por el otro la posibilidad de demandar un conjunto de derechos de participación política y bienestar social. La ciudadanía ahora se establece a partir de una relación con el "afuera". Ser ciudadano ahora significa ser "ciudadano del mundo":

"Esa gente de 16 años no tiene fronteras, es mejor que nosotros: es universal. Esa gente tiene una sola frontera: el mundo, el planeta" ¹⁷.

Nuevamente aquí no es el exterior el que representa la negatividad que amenaza a la sociedad sino su opuesto: el encerramiento. Son los que por razones corporativas, generacionales o de otro tipo no consiguen romper la frontera los que experimentan una pérdida de identidad que es la verdadera amenaza a la sociedad uruguaya:

"... son los que están en la plenitud de su energía física, intelectual y quieren romper una especie de enquistamiento en el cual viven" ¹⁸.

"Y este puerto que lo abrió Bruno Mauricio de Zabala lo va a cerrar un sindicato quedando sin trabajo ellos mismos y el país entero".

Se repite aquí lo que ya hemos señalado con relación a los otros aspectos de la visión del país dentro de la tradición colorada/batllista. La empresa civilizadora no puede por definición mantenerse dentro de las fronteras nacionales. Ya no se trata simplemente de incorporar desde el exterior la cultura y los bienes que harán al Uruguay parte de ese espacio supranacional sino de que la vigencia de la ciudadanía sólo podrá mantenerse en la medida que se eliminen los obstáculos que todavía impiden el acceso pleno a dicho espacio. La empresa civilizadora es tanto un adentro como un afuera.

b) Un país obsesionado con su historia

Hay un elemento central de lo que se ha llamado en este trabajo la "cultura de la crisis", es decir la conciencia social del declinio histórico de la sociedad uruguaya y su influencia en las formas de percibir la

17. Jorge Batlle en Alvaro Barros-Lemez, op. cit., pág. 32-33.

18. Ibid.

sociedad y, dentro de ella, el rol del estado. Creo que si hay una palabra que sirva para resumir esta conciencia tal como se expresa en la sociedad uruguaya esa palabra es "castración". Lo que es más esta conciencia de un país que, como todo sujeto castrado ha perdido sus atributos fundamentales es común a todas las narrativas actuales sobre la sociedad uruguaya. Así, el Proyecto de Plataforma Electoral del Frente Amplio dice:

"Uruguay se achica: la tierra uruguaya es comprada por extranjeros, las zonas francas reducen nuestra soberanía económica, el mar territorial es explotado de forma tal que se compromete la subsistencia de nuestra riqueza pesquera, (...) los jóvenes y, más aún, familias enteras, siguen emigrando, el pago de los intereses de la deuda externa y la fuga de capitales reducen la riqueza nacional"¹⁹.

Nótese como la cita siguiente, de una entrevista a Jorge Batlle también conviene la idea de esterilidad como característica de la sociedad uruguaya:

"... de un país que se empezó a achicar, de un país que se empezó a arrugar, de un país en el que la gente joven, nuestros hijos, pensaban las más de las veces en como irse..."

Pero a partir de una conciencia común de una sociedad impotente que como tal ha perdido su capacidad de reproducirse y crecer ("aquí estamos dejando de advertir que nos estamos transformando en un país de viejos, de gente que no se reproduce o que se reproduce a una tasa muy baja"²⁰ surgen formas contrastantes de explicar la castración y sugerir estrategias de reinstauración de la potencialidad de la sociedad.

Veamos primero las diversas formas de semantizar la crisis. La primera es la característica de la izquierda. En la narrativa histórica de la izquierda la crisis tiene un lugar preciso de implantación, a nivel de las estructuras socio-económicas, tanto internas como externas del país: ("La actual situación del país tiene básicamente su origen en un prolongado estancamiento económico".)

Así como hay un lugar preciso donde la crisis se localiza también son igualmente precisas su ubicación en el tiempo ("Desde hace treinta años Uruguay está económicamente estancado"), su carácter estructural derivado de factores socio-económicos ("Uruguay pertenece al área de los países profundamente perjudicados por el actual orden económico internacional") y la atribución de responsabilidades por la misma (Dieciocho años de gobiernos blancos y colorados, doce años de dictadura, han conducido al país a la situación actual")²¹.

19. Proyecto de plataforma electoral del Frente Amplio, op. cit.

20. Entrevista a Jorge Batlle en Alvaro Barros Lemez, op. cit., pág. 40.

21. Proyecto de plataforma electoral del Frente Amplio.

A través de un lenguaje en el cual no hay posibilidades de reconocimiento de logros internos al sistema político o de oportunidades externas, no se puede pensar la superación de la castración como partiendo de lo coyuntural sino como inversión global de lo ya existente.

En cuanto al discurso del neobatllismo el lugar de implantación de la crisis, aunque se manifiesta como estancamiento económico, tiene una raíz político-cultural:

“Pero un buen día empezamos a sentir que era el estado el que lo resolvía todo...”²²

La castración, lejos de estar ubicada en factores estructurales, se localiza en la impotencia de la sociedad para romper ciertas conductas producidas por el paternalismo estatal y asumir ciertos desafíos (“Acá en el Uruguay seguimos en una especie de ghetto ideológico”), sin que, como contrapartida haya una atribución específica de responsabilidades políticas: Es la sociedad en su conjunto la que padece de este bloqueo y la que deberá encontrar sus formas de salida.

Frente a esta situación de conciencia común de una sociedad castrada con diferentes explicaciones sobre sus causas y responsabilidades surgen también formas alternativas de superación de la impotencia. Superación que supone por un lado un saber enraizado en el diagnóstico y, por el otro un poder que signifique la restitución (generación) de la plenitud. Veamos primero el origen del saber.

Todos los partidos se presentan como portadores de un saber que los habilita a intentar la seducción del poder. Así, por ejemplo el Partido Nacional “ofrece la madurez de sus conceptos, lo moderno y atrayente de sus respuestas”²³. El Frente por su parte, tal vez porque ha sufrido el trauma de una escisión que pone en cuestión su propia identidad reafirma el carácter no innovativo y fundacional de la suya:

“La Plataforma Electoral incluye los elementos sustanciales de la propuesta política del Frente Amplio (...)”

“El fin de la Plataforma Electoral no consiste en innovar ni profundizar el pensamiento político frenteamplista, sino que se limita a adecuar los principios y definiciones anteriores a la coyuntura presente...”²⁴

Battle, que al igual que el Frente debe superar la sospecha de que está quebrando con su pasado, reafirma también el carácter no innovativo de su propuesta, como una forma de confirmar su identidad

22. Entrevista a Jorge Battle por Alvaro Barros Lemez, pág. 57.

23. “El País” 22/9/88.

24. Proyecto de Plataforma...

partidaria. Ante una pregunta de su visión del Uruguay del año 2000 de una larga respuesta que merece ser reproducida con considerable extensión:

“Decir que es un tema simple sería una simpleza, porque no hay ningún tema simple en la medida que uno se acerca a ellos. Los temas son profundos siempre. Pero no decir que es un simple también sería una simpleza, porque acá alcanza con copiar, no hay que inventar nada. El Uruguay era mucho más inviable en 1880 que hoy, (...) Era absolutamente inviable.

Creo que sobrevivieron (...) porque la organización social uruguaya (...) partió de la base de que la gente tenía campo abierto para desarrollar todas sus energías. El Uruguay entonces, en plena libertad, absorbió y asumió por el puerto, por las fronteras, por todos lados, todo lo que venía, lo incorporó, lo hizo suyo, lo modificó a su manera de ser y de sentir y por ahí caminó y se hicieron las cosas²⁵.

Hay en estas tres citas de tres fuerzas políticas diferentes algo más fundamental que una simple reafirmación de identidades partidarias y competencias de diagnósticos. Hay tres orígenes distintos de los respectivos saberes sobre los que se fundan las voluntades de poder.

En el caso del Frente el aspecto fundacional de su programa se debe a que el mismo tiene un punto de anclaje que no varía con la recomposición política de este grupo: Este punto de anclaje son los sectores sociales (“el pueblo”) a los cuales el Frente aspira a representar: “Cuando invitamos a los hombres y mujeres uruguayos a pensar en sus verdaderos intereses y a votar por un Uruguay distinto, les estamos proponiendo un proyecto concreto...” El Frente Amplio como representante de esos intereses aspira a ser el portador de un saber societal (aunque, como en todos los grupos políticos ese saber haya sido formalizado por grupos de técnicos y pueda sufrir adaptaciones a partir de lo permanente).

En el caso de Batlle, tal como surge de la larga cita precedente el saber de su propuesta, no surge de sí mismo o de su partido sino que, al igual que el Frente es producto lo que se pretende portador: No de una razón societal sino de una razón universal que hay, literalmente, que introducir para constituir la sociedad uruguaya como una sociedad posible. El partido no es otra cosa que el gestor de dicha razón.

Finalmente en el caso del Partido Nacional el saber es el Partido se siente portador no de una razón societal o universal sino de una razón histórica de dimensión ética que cuestiona tanto la abstracción de la razón universal como la pretensión de la razón societal de constituirse en saberes legítimos como encubridoras de sectorialismos. ¿Cómo,

finalmente cada uno de estos saberes se constituye en el poder que devuelva a la sociedad su plenitud?

Francisco Panizza y
Carlos Muñoz

El saber societal sólo puede hacerse poder en el estado como traductor de intereses de los grupos sociales. La representación política de ese saber tiene entonces como tarea histórica la "seducción" del estado, el cual nunca podrá ser modernizado en abstracción de estas funciones de representación. El estado es, en cuanto ejerce esa traducción, el punto donde la sociedad puede mirarse a sí misma. El centro asegurado de lo simbólico que puede devolver al pueblo el objeto de la unión consigo mismo, es decir el fin de la castración.

El saber de la razón universal se plantea en cambio la "seducción" de la sociedad mediante la reducción del estado. Esto es así en la medida en que el estado ha dejado de ser (como le pensó el primer batllismo) representativo de la razón universal para encarnar los particularismos de las racionalidades acotadas. La función del partido es el dismantelar las barreras estatistas que impiden la penetración (es decir el fin de la castración) de esa razón universal. Una razón que, encarnada en la ciudadanía, conduzca a una sociedad sobreprotegida a aceptar su pertenencia a un afuera donde pueda reconocerse como lo que ya fue y ha dejado de ser. Es decir "para volver a vivir".

Finalmente el saber de la razón histórica se plantea como tarea la reconstitución de la sociedad a partir de una búsqueda de plenitud que trasciende lo político y que, al mismo tiempo le coloca ciertas demandas. Para que sea posible la vigencia de los lazos históricos en una sociedad que se ha visto dislocada es necesario un asegurar la existencia de ciertas identidades sociales que no se forjan ni en el afuera del mercado y la ciudadanía universal ni en el adentro del estado, sino en los espacios naturales de lo local y regional²⁶.

Un país obsesionado por sus ausencias.

El debate de la modernización parece estar centrado en el redimensionamiento de lo público. Pero en verdad el mismo no está dirigido a la presencia abusiva del estado. El excesivo contralor burocrático, la centralización, las rigideces e ineficiencias que se atribuyen al estado sólo ocupan en este debate el lugar de síntomas. Son síntomas de la ausencia de lo privado en sus múltiples dimensiones. Cada una de estas dimensiones ausentes significa a su vez un

26. En verdad esta caracterización del saber/poder del Partido Nacional debe mantenerse en un alto grado de abstracción en la medida en que los respectivos saberes/poderes de sus distintos candidatos son difícilmente articulables en un sólo esquema.

cuestionamiento de las posibilidades de efectivización de los proyectos políticos de los tres tipos de saberes poderes que se han identificado en la sección anterior.

Para un proyecto que tiene como su eje la asignación al mercado de un papel de normalización de las relaciones sociales las ausencias claves son las del empresario, el capitalista, el contribuyente y el consumidor.

La primera se refiere no tanto al empresario como agente de la racionalidad económica, sino como personaje de una cultura donde la empresa pueda asumir una centralidad creciente frente a la decadencia del Estado y la Nación. La del capitalista alude no tanto al problema de la falta de disposición a invertir en el país por parte de los agentes privados. Esto sería relativamente fácil de superar si se limitara a cambios en las variables puramente económicas que hagan atractiva la inversión. La ausencia de capitalista, al igual que la del empresario, se refiere a la dimensión político-cultural que legitima o no el papel desigualador del mercado y la ganancia. La del contribuyente como aquel frente a quien el estado debe justificar la legitimidad de los impuestos y de la asignación eficiente de sus recursos. La del consumidor finalmente, como un actor social frente al cual los empresarios y el estado deben justificar los límites de calidad y los sobre-precios de los productos que hacen posible la subsistencia de empresas no competitivas en regímenes de protección.

Un proyecto que tiene como eje una visión de la sociedad a partir de ciertas estructuras de pertenencia local y regional también tiene sus propias ausencias. Ellas están dadas porque lo local y lo regional, lejos de ser dos fuentes de identidades complementarias se han transformado en sustitutivas: La historia del país en los últimos años es la de la transformación del vecino en el emigrante, fundamentalmente a los ámbitos espaciales que definen la región. El proceso de vaciamiento de la campaña uruguaya y de muchas ciudades y pueblos del interior es paralelo al crecimiento de las colonias uruguayas en Brasil y Argentina.

Finalmente un proyecto que tiene como eje la visión de la sociedad a partir de un Estado representativo de nuevas alianzas sociales tiene como ausencia la dispersión de la clase o actores sociales que puedan pretender definir la pertenencia a dicha alianza. No es necesario reproducir acríticamente las visiones propias de los países industrializados sobre la pérdida de centralidad de la clase obrera para reconocer que en el Uruguay el mundo del trabajo presenta actualmente un nivel de fragmentación y heterogeneidad que hace crecientemente difícil su representación corporativa y, más aún, su transposición como voluntad colectiva.

Estas ausencias y otras que se podrían agregar en cada uno de los tres proyectos no significan necesariamente una visión pesimista sobre las posibilidades de las diversas alternativas de cambio que están vigentes en el Uruguay. Lo que se apunta a partir de ellas es que en cada una de dichas dimensiones el desafío no está dado a nivel del estado sino el de hacer lo privado o, si se quiere, la sociedad civil. El lograrlo supone definir el cambio como lo que es: una tarea esencialmente política.

De lo que se trata en cuanto tal, de cara al 90, es de la reconstitución de lo popular. En esta búsqueda cada una de estas dimensiones tiene capacidad interpelativas alternativas y potencialmente legítimas pero últimamente limitadas: En la primera lo popular se desprende de lo nacional y de lo societal (en sentido corporativo) para situarse en la igualdad de pertenencia a un espacio de autonomías que hacen del mercado una referencia de diversidad. En la segunda se establece lo popular como reivindicación de acumulaciones sociales no reducibles a una lógica unidimensional. En la tercera, en fin, se constituye lo popular a partir de una conciencia de que los precios de cualquier proyecto de cambio son desigualmente distribuidos en una sociedad a menos que los que en ellos participan sean no sólo sujetos sino también actores. De la forma como cada una de estas dimensiones de lo popular se articule con las demás dependerá su vigencia en los próximos años.

Montevideo, junio de 1989

“APOCALIPTICOS O INTEGRADOS” LOS DILEMAS CULTURALES DEL SOCIALISMO LATINOAMERICANO

Carlos Pareja*

1.— Las exigencias igualitaristas y solidarias de la cultura socialista con sus inextirpables raíces éticas— vienen a insertarse como una prolongación radicalizada de las matrices liberales de nuestra racionalidad político-institucional y de nuestra racionalidad económica. Sin embargo, dicha inserción dista de ser improblemática y “pacífica”. Por el contrario, plantea tensiones y dilemas que resultan imposibles de asumir y de dilucidar a partir de los recursos propios de esas matrices, poniendo a descubierto las insuficiencias de ambas partes a través de toda una constelación de desencuentros y malentendidos.

Más allá de cualquier coyuntura específica esas tensiones y desencuentros se acumulan en torno a dos ejes centrales que, a su vez, corresponden a dos componentes del “núcleo duro” de la cultura socialista. En tal sentido, aquí nos interesa identificar aquellos aportes irremplazables a la empresa humana, aquellas exigencias y orientaciones que se han incorporado definitivamente, por lo menos a título de “ideas reguladoras”, al “programa de investigación” de cualquier asociación política. Se trata de:

i) un *ethos* social igualitario, orientado a combatir las raíces “profundas” de las desigualdades y de los privilegios, así como a plasmar articulaciones solidarias en la gestión de los emprendimientos, en la asignación de los recursos y en la distribución de los medios de vida;

ii) un *ethos* cívico complementario que expresa políticamente esas exigencias igualitaristas y orientaciones solidarias a través de una modalidad de movilización radical, caracterizada por los dos siguientes rasgos;

iii) dicha movilización asume públicamente un sesgo desinteresado, en cuanto la misma se sustrae de antemano a cualquier arreglo con situaciones e intereses particularizados;

*) Carlos Pareja, filósofo uruguayo, es investigador en el Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH) de Montevideo, Uruguay.

iv) asimismo se caracteriza por su orientación atópica, es decir centrada (casi) exclusivamente en las "estructuras formales de poder", en las "relaciones de dominación", en el quién toma las decisiones y maneja los controles sobre los recursos estratégicos de la sociedad, en el de dónde provienen las propuestas, en desmedro del qué y el cómo de los emprendimientos discriminados por los asuntos que están en juego en cada caso.

A título de mero adelanto de análisis más prolijos —en los que venimos trabajando con otros investigadores¹— expondremos a continuación algunas aproximaciones a propósito de la problemática inserción de esos componentes en el marco de la polifonía ciudadana contemporánea. Esas aproximaciones giran en torno a un conjunto de interpretaciones e hipótesis carentes todavía de una articulación conceptual adecuada.

2.— A nuestro juicio, los aportes de la cultura socialista, con sus apuestas respectivas, no han completado aún el proceso de establecimiento de vínculos y correspondencias con las matrices civilizatorias asociadas al "uso público de la razón" (KANT). Así, han oscilado entre ubicarse en el rechazo y el desacoplamiento, en un extremo, y en el otro, una aceptación casi impotente de racionalidades y restricciones impuestas "desde afuera".

En virtud de esa inserción "mal resuelta", las interlocuciones entre los representantes del ethos socialista y el resto de las voces ciudadanas "desmovilizadas", están expuestas a alimentar todo tipo de malentendidos y desencuentros crispados. Esa constelación no puede "desenredarse" por la mera corrección de las anticipaciones con que cada una de las partes va al encuentro de la otra: para empezar a dismantelar ese sistema de crispaciones recíprocas será necesario poner en marcha procesos complejos de aprendizajes cívicos y de reformulación de lo públicamente compartible y apelable.

La cultura socialista, por su propia pretensión de atacar las raíces sociales de las desigualdades y los privilegios, por su propio enfoque "sociocéntrico" —en virtud del cual despliega una atención privilegiada a las tramas de poder incorporadas a las relaciones sociales— tiende a quedarse sin la distancia necesaria para visualizar en todo su alcance y "tomarse en serio" las instancias político-institucionales. Como resultado de ese "encimamiento sociológico", su ubicación frente a esas instancias oscila entre su descalificación como mediaciones secundarias, meros auxiliares falaciosos de los sistemas de dominación, por un lado, y por el otro su "neutralización" como meros recursos instrumentales al servicio de metas de perfeccionamiento de la vida humana socialmente organizada, que estarían sustraídas a la interpretación y al debate en el

seno de la asociación política, toda vez que se configurarían al margen de ella, como exigencias y requerimientos inequívocos.

Por su parte, las prácticas y los recursos de una cultura política “desmovilizada”, comparten esa visualización “neutralizada” de lo público-institucional, de tal manera que las apuestas éticas acerca de la trama misma del “entorno moral” de la convivencia humana quedan condenadas a insertarse como “cultos privatizados” —los “dioses privados” de Max Weber—, desprovistos de una inserción relevante, a la altura de lo que allí está en juego.

3.— Una constelación análoga de desencuentros se teje en torno a la racionalidad económica. Las dos tradiciones políticas clásicas, la liberal y la socialista, la visualizan como un ámbito neutralizado de restricciones y exigencias “objetivas” y aíslan allí un conjunto de premisas exógenamente configuradas: las tecnologías, las gestiones de los recursos y sus articulaciones productivas, las necesidades o las preferencias que determinan pautas y niveles de consumo, etc. Más allá de las diferencias que median entre sus respectivos enfoques, ambas resultan incapaces para hacerse cargo de lo que está sustanciado como dilemas genuinos, no trivializables, en el sistema de nuestras inserciones económicas. Incapaces —por tanto— de percibir y orientar la exploración civilizatoria que allí se procesa, la indagación descentrada y conflictiva acerca de ciertos principios de valorización de nuestro trato con el mundo, y acerca de la mejor forma de otorgarnos recíprocamente créditos y responsabilidades como titulares habilitados para aportar experiencias y juicios independientes.

La cultura socialista no ha terminado aún de pagar altísimos tributos por su apuesta a una neutralización del sistema de nuestras inserciones económicas. Por lo pronto, los paga en términos de una trivialización extremada de las dificultades y dilemas genuinos que allí encontramos. Trivialización que se traduce en encarar ese sistema como una “realidad instrumentalizable”, a la que se puede manejar para imponerle fines exógenos o, por lo menos, como una “realidad” que tiene una “lógica” y una “legalidad” dadas y con las cuales solo cabe “negociar” ciertos márgenes estrechos de incidencia. En el plano práctico, ese supuesto de neutralidad y “objetividad” de la racionalidad económica, es responsable de la oscilación y la debilidad de las políticas defendidas por los representantes de la cultura socialista. En un extremo, se procura imponerle transferencias, solidaridades y agregaciones de intereses “desde afuera”, es decir, sin tener en cuenta los distintos códigos de visibilidades y reciprocidades discriminadas o, por lo menos, sin tomarse el trabajo de su reformulación “tópica”, vale decir, al nivel de los distintos asuntos. No es sorprendente, pues, que esos intentos acumulen fracasos y frustraciones: las transferencias no llegan a su destino previsto, aquellas desigualdades que no han sido deslegitimadas “en su propio terreno” se reproducen por múltiples vías imprevisibles y “subterráneas”,

“Apocalípticos o Integrados”: Los dilemas culturales del socialismo latino-americano.

las agregaciones no encuentran “nosotros” responsables que las asuman como cuidados intransferibles. En el otro extremo, se concede resignadamente un lugar inexpugnable a una racionalidad económica desacoplada de las exigencias igualitaristas del ethos socialista, una racionalidad “impura” pero dotada de consistencia propia, que sólo permite insertarse en sus reducidos intersticios. Con esta aceptación se nos condena a llegar demasiado tarde con nuestras exigencias a un mundo ya perfilado, a una civilización económica que marcha por sus propios carriles.

4.— En términos generales, el representante de la cultura y del ethos socialista no está solamente predispuesto a creer que la institucionalidad y las tradiciones políticas asociadas a nuestras matrices civilizatorias favorecen y consolidan las raíces mismas de los privilegios y las desigualdades. (Es decir, a sostener como verdad comprobada la famosa tesis acerca de “la ideología dominante”, mil veces refutada). Además también está inclinado a pensar que las exigencias y los planteos específicamente socialistas se inscriben en un plano diferente al de la ciudadanía y de la polis, más allá del ámbito “formal” en que se procesan las condiciones y las garantías del ejercicio de la asociación política. Ese plano diferente coincidiría con el lugar donde se disputan los controles y los poderes “sustantivos” sobre los recursos básicos de la convivencia, de forma tal que solo modificando la “estructura” misma de esos poderes, sería posible aproximarse a las exigencias igualitarias.

A partir de allí comienza a tejerse la trama compartida de equívocos: el socialista tiende a entregar a sus interlocutores “desmovilizados” el terreno de las instituciones políticas y estos últimos se lo apropian como únicos titulares habilitados en función, precisamente, de su renuncia a cualquier apuesta sustantiva. En la medida en que ambas partes asumen ese mapa como descripción confiable del escenario de sus interlocuciones, quedan condenadas a multiplicar sus desencuentros. Por lo pronto, ambas ignoran que la cultura cívica predominante, los principios apelables de evaluación de situaciones y de arreglos institucionales son, *prima facie*, favorables a las exigencias igualitarias y que todos los emprendimientos sociales están contruidos en base a una gramática tal que los obliga a rendir cuenta de su contribución a la vigencia del estatuto igualador de la ciudadanía.

Ambos interlocutores asumen malentendidos complementarios. Por su parte, el ciudadano “desmovilizado” considera al respaldo electoral mayoritario que suelen obtener los partidos políticos “centristas” — defensores de una racionalidad económica en base al rol del mercado y de las empresas privadas— como un testimonio inequívoco del ethos social predominante en la opinión pública. Por cierto, no ignoran que al margen de los arbitrajes electorales existe un respaldo igualmente inequívoco en favor de demandas y propuestas de signo contrario, expresados a través de toda clase de movilizaciones, campañas, huelgas,

planteos, etc. Pero se contentan con atribuir tal respaldo a la manipulación habilidosa de "activistas" que operan en forma sistemática y cotidiana —a diferencia de los partidos políticos— sobre una población desinformada, atomizada, sometida a presiones grupales en ámbitos corporativos en los que desarrollan gran parte de sus vidas. A su vez, el "ciudadano movilizad" también suele apelar a la ignorancia a y ciertos "velos distorsionantes" para explicar esa presunta esquizofrenia de la opinión pública. Más específicamente, trae a cuenta a ciertas conexiones —causales, funcionales, estructurales, etc., según el caso— que mediarían entre la organización social y el sistema de "representaciones sociales", asegurando así la posición predominante de ciertas constelaciones ideológicas favorables a las desigualdades y los privilegios.

Los mapas de ambos interlocutores contienen desajustes complementarios, por lo que no es sorprendente que traben entre sí un diálogo de sordos. Con todo, sería ingenuo esperar que el ajuste de esa situación se procesara a través de la corrección "interna" de las referencias y las escalas de los respectivos "cartógrafos", en una operación centrada exclusivamente al nivel de "las representaciones" y de sus reglas de construcción. Una terapéutica así orientada, en la medida en que apela a unas "coordenadas" neutras para efectuar las correcciones, se sitúa al margen del "uso público de la razón", de espaldas a la asociación política. Por lo tanto, resulta cómplice de aquella operación de "neutralización instrumental" de las instituciones ciudadanas que condena a la "privatización" de las apuestas éticas.

5.— Más adelante introduciremos alguna pista acerca de la configuración de "lo público" requerida para empezar a "tomar en serio" los testimonios de los distintos interlocutores y otorgarles gravitaciones responsables. Por ahora nos interesa destacar un rasgo del diagnóstico que ambos comparten: la atribución a uno de ellos, al portador de la cultura socialista, de una posición disidente, excéntrica. No se trata de otra forma de registrar el carácter presuntamente minoritario de sus respaldos en la opinión pública, ni de referirse al sesgo renovador, cuestionador de inercias y equilibrios existentes que tiene cualquier apuesta transformadora, sólo habilitada para esbozar los grandes lineamientos de su propuesta y sin poder ofrecer confirmaciones y garantías de sus alcances efectivos. Ninguna de esas ubicaciones marginales podría dar lugar a desencuentros sistemáticos, ya que se limitarían a expresar los costos inevitables, el "derecho de piso" que debe pagar cualquier pretensión renovadora, desprovista de títulos de aceptabilidad y antecedentes de su confiabilidad. Se trata, en cambio, de algo que hace a la competencia del representante de la cultura socialista como socio co-responsable en emprendimientos específicos. A ese respecto, es ese mismo representante quien contribuye a su propia marginación, a quedar "estigmatizado" como "desleal", en la medida en que sus planteos y exigencias de tipo "estructural", sociocéntrico, se

“Apocalípticos o Integrados”: Los dilemas culturales del socialismo latino-americano.

desentienden de los requerimientos específicos de cada asunto y se desacoplan de la buena marcha de su gestión.

Más aún, esas desconfianzas recíprocas no siempre se quedan en el nivel de los mapas “aprensivos”. En virtud de la propia lógica de sus anticipaciones recelosas, suelen traducirse en el montaje de estrategias de prevención, de sistemas de vigilancia y de amenaza para contrarrestar la posibilidad de que la otra parte decida resolver las tensiones conflictivas al margen de los recursos institucionalizados de la asociación política. Así, dado que cada parte ubica en terrenos distintos la dilucidación de los méritos de sus correspondientes pretensiones, ninguna de ellas puede confiar en los efectos vinculantes de las reglas meramente procesales de arbitraje. Por lo tanto, sólo acatarán los fallos contrarios con reservas, en la medida en que juzguen no estar en condiciones de desafiarlos, y se mantendrán a la espera de la oportunidad favorable para revertir el resultado por otros medios, o tratarán de angostar las bases de reproducción de sus interlocutores.

Y es que ningún “régimen de gobierno”, ningún estatuto de garantías ciudadanas, asegura a las minorías un lugar de inserción pública para ejercer su testimonio, es decir, para incidir sobre las condiciones de socialización y el entorno moral de convivencia, disputando la posibilidad de reproducir las premisas culturales de su vigencia. Tal disputa nunca puede otorgar chances igualitarias a todas las pretensiones, por cuanto ello equivaldría a acondicionar un medio neutralizado de convivencia, depurado de cualquier sesgo moral y político. Y, al igual que en el caso del modelo de mercado de competencia perfecta —como veremos más adelante— no es que tal “neutralización” constituya una exigencia inalcanzable pero deseable, a la cual tendríamos que aproximarnos progresivamente; por el contrario, se trata de un ideal intrínsecamente perverso, cargado de implicaciones peligrosas, asociado a un planteo despistado del problema de la confrontación de pretensiones.

En efecto, asumir tal ideal supone identificar nuestras dificultades para procesar esas confrontaciones (y para convivir con ellas) con la existencia de prejuicios, inercias, criterios mayoritariamente acreditados, prácticas confirmadas como confiables y, en general, todo tipo de retenciones y anticipaciones acumuladas. Y cuando se empieza a acariciar el sueño de tener como interlocutor un sujeto saneado, virgen de sesgos y de prevenciones, desacoplado de lealtades y compromisos con tradiciones, ya se concedió todo lo necesario para convalidar el proyecto de “depuración social” que Stalin llevó hasta sus últimas consecuencias. Proyecto que, ciertamente, no se agota con su fracaso, ya que nunca dejará de tentarnos como un atajo salvador, aunque sea provisoriamente, toda vez que nuestras confrontaciones acumulen excesivas frustraciones y equívocos interminables.

Resulta fácilmente visualizable el error implícito en el planteo de la “neutralización” si nos preguntamos cuál es el mejor testigo/interlocutor para apreciar nuestros empeños en cualquier terreno, sin complacencias

ni complicidades. Por cierto, otorgamos mayor relevancia al juicio de quienes tienen experiencias y apreciaciones elaboradas sistemáticamente en el terreno en cuestión. Entendemos, en efecto, que sus predisposiciones, sesgadas hacia propuestas previamente acreditadas, constituyen la mejor garantía de su independencia, la base de un criterio al que se le puede pedir cuentas de sus implicaciones y aplicaciones a nuevas situaciones. Por lo tanto identificamos a este interlocutor privilegiado, como la “resistencia” que requerimos para perfilar nuestro aporte y desplegar sus alcances más allá de nuestras intenciones.

No se trata solamente de la insuficiencia de la regla de la mayoría para configurar las premisas de una convivencia pluralista, ni de recordar como la misma puede servir para legalizar un sistema de exclusiones y descalificaciones. Aún pensando en un régimen de gobierno que contemple el conjunto básico de libertades y derechos cívicos igualitarios como un estatuto no afectable por decisiones mayoritarias, ningún régimen de gobierno nos pone a salvo de lo que Habermas (HABERMAS, J., 1988) llama la “aplicación autoritaria” del ordenamiento institucional. Aplicación que favorece a quienes ya tienen contempladas sus aspiraciones y demandas —o por lo menos reconocidas en su legitimidad—, a quienes se amparan en tradiciones y opiniones autorizadas y, por lo mismo colocan en desventaja a quienes están obligados a “remar contra la corriente”, a llamar la atención para ser oídos.

Así, pues, más allá de cualquier régimen de gobierno y de cualquier acuerdo al nivel de las regulaciones de las relaciones del individuo con el Estado, la conjugación genuina del principio fundacional de la convivencia democrática solo puede ser pensada y ejercitada como tensión cuajada de paradojas y dilemas. “Tiene que proteger y mantener viva la desconfianza frente a una injusticia que pueda manifestarse en formas legales, si bien no cabe que tal desconfianza adopte una forma institucionalmente segura. Con esta idea de una desconfianza de sí mismo no institucionalizada, el Estado de derecho trasciende incluso el conjunto de sus ordenamientos positivos. Esta paradoja encuentra su solución en una cultura política que reconoce u otorga a las ciudadanas y ciudadanos la sensibilidad, la capacidad de raciocinio y la disposición a aceptar riesgos necesarios que son imprescindibles en situaciones de transición y excepción para reconocer las violaciones legales de la legitimidad y, llegado el caso para actuar ilegalmente por convicción moral”. (HABERMAS, J., ob. cit., p. 59).

Ahora bien, si es cierto que la mera atinencia a un orden legal no es suficiente como principio de legitimidad, si ningún estatuto de derechos y libertades reemplaza a la garantía de poder apelar a una ciudadanía sensible a los reclamos y voces destendidas, también es cierto que esa misma posibilidad privilegiada de convocatoria, la posibilidad de apelar a exenciones y moratorias excepcionales a las disposiciones y procedimientos institucionalizados, no dejan de constituir una fuente de incertidumbres y de temores para una ciudadanía desmovilizada cuyas

"Apocalípticos o Integrados": Los dilemas culturales del socialismo latino-americano.

apuestas adoptan un perfil bajo de exigencias. En último término, unos y otros, los movilizados y los desmovilizados están expuestos a la amenazada de encontrarse insertos en un entorno moral predispuesto contra sus pretensiones. Un entorno donde la expresión de sus preferencias despierte hostilidad y rechazos difícilmente combatibles, toda vez que carecen de expresión articulada y "responsabilizable" y tienden a adoptar traducciones indirectas en terrenos donde resulta casi imposible establecer salvaguardas reglamentadas contra las discriminaciones.

No es sorprendente, pues, que allí donde la cultura política no logra desactivar esos temores, unos y otros se adelanten a buscar respaldos ajenos a la asociación política, para prevenirse frente a las peores eventualidades. En todo caso, la difusión de la Doctrina de la Seguridad Nacional, las dictaduras militares de las recientes décadas, los movimientos guerrilleros, etc. no pueden quedar asociados exclusivamente a las precariedades económicas de la región o a la ingerencia de potencias mundiales que buscaban dirimir sus pleitos de supremacía atacando los flancos expuestos de su rival. Más allá de esos factores coyunturales, existe una fuente de incertidumbres y temores que encuentran raíces en el propio ejercicio de la asociación política y no pueden ser disipados por sus recursos institucionales "normales". Y ello nos permite dar cuenta de la existencia de tensiones análogas en sociedades tales como Italia y Alemania, donde esos factores estarían ausentes. Después de todo, tanto quienes encuentran en el marxismo las orientaciones más rendidoras para la construcción de una sociedad buena y justa, como quienes consideran probadamente refutadas tales orientaciones, no pueden dejar de prevenirse ante la posibilidad ciudadana o que doctrinas políticas contrarias ocupen una posición de reconocimiento oficializado en las instituciones de enseñanza.

Y bien, resulta absurdo suponer que toda esa trama de anticipaciones crispadas y de desencuentros sistemáticos pueda modificarse por el mero ajuste de los mapas de las partes involucradas. En realidad, los créditos y las desconfianzas con que invertimos nuestra inserción en una asociación política no surgen de concesiones unilaterales ni carecen de "costos de aprendizaje y verificación", sino que responden a los niveles posibles de transacciones confiables y rendidoras. Eso sí, el pasaje de uno a otro registro, desde "los mapas" a las "competencias de interlocución responsable", involucra un giro radical de los criterios de relevancia ontológica y epistemológica que orientan nuestro trato con el mundo. Equivale, en efecto al abandono del plano "fantasmal" de las "representaciones internas" y de la interpretación de sus alcances en base a alguna "teoría de la verdad como correspondencia"², para ingresar a aquel otro

2. Algunos de los lastres que siguen pesando sobre la reflexión política y sobre las ciencias sociales provienen de su asociación con supuestos ontológicos y epistemológicos que, a esta altura, resultan insostenibles. Ver PUTNAM, Hillary (1988), pp. 58—82.

plano en el que el ejercicio de la asociación política pertenece a un mundo cuya realidad está garantizada por la presencia de los demás. Un mundo de apariencias compartidas y de revelaciones recíprocas³, en el que nuestra inserción, la "ocupación pública de un lugar visible y previsible", es tan "real" como la edificación de un puente o de un templo.

6.— A pesar de lo anteriormente dicho, conviene echar una mirada superficial a las indicaciones que contienen esos "mapas". Ya hemos señalado que el representante de la cultura socialista se inscribe como un testimonio "disidente" en el "entorno moral"⁴ de convivencia propio de aquellas sociedades articuladas en torno al mercado y a la empresa privada. No es sorprendente, pues, que llegue a experimentar esa inserción como un desgarramiento cotidiano, toda vez que está obligado a llevar adelante su programa vital (establecer sus vínculos, orientar sus empeños y educar a sus hijos) en base a una contabilidad "desagregada" de costos y beneficios, logros y fracasos, a nivel de unidades privatizadas de balance. A su juicio, su participación obligada en esa "contabilidad" no solo convalida pragmáticamente un ordenamiento desigualitario de posiciones vertico—valorizadas; además lo condena a ser cómplice de una desolidarización con los destinos vitales de quienes fracasaron en su inserción económica, de quienes resultan superfluos o irrelevantes para la exploración de las posibilidades de valorización del mundo e, incluso, de quienes ocupan posiciones inferiores y descalificadas en la "escala de posiciones".

Como agravante, esa misma "contabilidad desagregada" le propone todo un horizonte de expectativas de valorización individualizada que entra en contradicción con sus vínculos horizontales, con su pertenencia a un "nosotros igualitario" conjugable en términos de "solidaridad de destino" y disfrutable como "compañerismo". En efecto, todo el sistema de inserciones económicas está asociado a la movilización de expectativas de ascenso hacia la "cima de la colina social", en función del reconocimiento de los méritos de cada uno ante la mirada de los dirigentes de cada unidad de gestión. Y tales expectativas implican asumir a los "compañeros" como "competidores" en la carrera de méritos que conduce hacia las reducidas posiciones jerárquicas en lo alto de la escala de posiciones. Para el ethos solidario inherente a la cultura socialista—según el cual ese "nosotros igualitario" constituye el módulo paradigmático de una sociedad reconciliada, la mejor anticipación de nuestras aspiraciones en esa dirección— no resulta fácil la cohabitación con esa sintaxis valorizativa de méritos y responsabilidades individuales.

3. Este es uno de los temas centrales de la reflexión de Hanah Arendt, (ARENDR, H., 1958).

4. En un texto inédito de Ronald Dworkin (DWORKIN, R., 1989) se utiliza el término "moral environnement" con un alcance mucho más preciso que el que aquí le asignamos.

"Apocalípticos o Integrados": Los dilemas culturales del socialismo latino-americano.

Y en la medida en que la conjugación de ambos principios no ha encontrado hasta ahora formulaciones felices, su encuentro sólo puede dar lugar a deslegitimaciones y erosiones recíprocas: la activación de una debilita a la otra, mientras que la afirmación unilateral de cada una de ellas conduce a versiones empobrecidas. Así, por ejemplo, la insistencia en la comunidad de destino y de intereses, en el fortalecimiento del poder colectivo de reclamo de "los iguales" conduce generalmente a reducir el contenido de sus planteos a un mínimo común denominador, a dejar de lado los contenidos y las exigencias específicas de los asuntos y emprendimientos tal como ellos se ofrecen a sus destinatarios, es decir a la "ciudadanía desmovilizada". A principios de siglo, en el Uruguay, los obreros de la construcción estaban organizados en una Federación que incluía más de veinte gremios de oficios, cada uno de ellos identificado con sus tradiciones, padrones de excelencia, festividades, etc.; en la actualidad, todo ese acervo de cultura laboral ha sido homogeneizado en aras de maximizar la capacidad colectiva de plantear demandas.

Y sin embargo, contrariamente a lo que él supone, tal ubicación "disidente" no le asegura que sus propuestas y las causas que defiende asuman un sesgo inequívocamente igualitario, solidario y "renovador", así como tampoco confirman sus anticipaciones con respecto a una opinión pública ganada mayoritariamente para la aceptación como "normal" de un orden de privilegios y de sus consecuencias en términos de desolidarización. Por lo pronto, todas sus presunciones en cuanto a la reproducción social de una legitimación del mercado y de la iniciativa privada, no pasan de ser una fábula con base endeble. *"Under the assumption that the subordinated are ideologically motivated, one might expected a landslide victory for the Labour Party. Results of opinions surveys showed a remarkable consistency in that time (1987) and again 70 per cent or more of those surveyed indicated support for the kinds of policies advocated by the Labour Party, and opposition to the bulk of the Conservative Party. Yet random samples of adults from the same population made it clear that the Conservative would be victorious".*⁵ Y no se trata de un caso anómalo; en el Uruguay se obtienen casi contemporáneamente los mismos resultados y las mismas "contradicciones aparentes": una mayoría amplia de los encuestados se muestran favorables a una mayor intervención estatal en la economía y en la prestación de servicios básicos, lo que no les impide reconocer que las empresas y los organismos públicos funcionan deficientemente y son costosos. *"Los montevideanos tienen opiniones firmes en la materia... son decididamente antiliberales en asuntos económicos y aún más allá de lo económico".*⁶

5. Conrad Lodziak, "Dull compulsions of the Economic", in *Radical Philosophy*, No. 49.

6. Según encuesta e informe de Equipos Consultores, publicado en el semanario *Búsqueda*, Montevideo, 26/1/89.

Por cierto, esos testimonios aislados carecerían de autoridad para refutar la conocida tesis de la ideología dominante, si no fuera porque están alineados con anticipaciones ampliamente confirmadas. En particular, lo están con la continuidad de la trayectoria "expansiva" de los derechos cívicos, con la ampliación incesante del sistema de derechos y garantías exigidos para el ejercicio pleno de la ciudadanía, y con la ampliación progresiva de la exigencia de la "democratic accountability" a nuevas áreas, arrinconando a cualquier forma de privilegio y de poder unilateral, exonerado de controles. No cabe sorprenderse, pues, que cualquier cultura política con cierto grado de consolidación —es decir que haya alcanzado niveles amplios de "inclusión cívica"— genere disposiciones favorables a las demandas igualitarias y a los planteos solidarios.

Así, lejos de encontrar un terreno hostil para insertarse, el representante de la cultura socialista cuenta de antemano con un enorme "capital" de respaldos activables. Esto, sin embargo, no le garantiza su idoneidad como "administrador" de esos recursos, ni lo pone a salvo de convertirse en un despilfarrador de créditos" e incluso en alguien que acumula resistencias y temores. Y es que ese "capital", si bien se reproduce inagotablemente, no es monopolizable por ninguna interpretación específica de sus alcances. Por lo tanto, ningún grupo puede disponer de esas reservas ni puede ahorrarse el trabajo de legitimar cotidianamente sus títulos, de otorgar credibilidad a sus gestiones, por más igualitaristas y solidarios que sean sus planteos.⁷

7.— El principal reproche que podemos dirigir a la tesis de la ideología dominante es su "obstinación sociológica", su empeño en "contextualizar" la cultura política, convirtiéndola en una rueda más de un engranaje social. Al asociarla a sus antecedentes inmediatos, a su ámbito local de implantación, se vuelve incapaz de "tomar en serio" —al igual que el "positivismo jurídico" con referencia al derecho⁸— los asuntos específicos que allí están en juego. De esa manera, termina inhabilitada para sumar su aporte a ese itinerario indagatorio que se prolonga a través de

7. En un artículo publicado en "La Hora Popular", el 7/7/89, José L. Piccardo, dirigente del Partido Comunista Uruguayo, afirmó: "Un partido que sea una corriente de opinión no va mucho allá de la formalidad, donde no se exige más compromiso que el voto y donde la orientación y puesta en práctica de la línea queda exclusivamente en manos de los caudillos y los dirigentes". En realidad, es todo al revés: sólo el no compromiso de la opinión, su carácter independiente, la condicionalidad de los respaldos tiene "algo que ver" con la democracia; el compromiso incondicional sirve para los cuerpos disciplinados, pero está reñido con el ejercicio de una opinión independiente.

8. Para abreviar esta exposición, nos remitimos a la crítica que realiza Dworkin del "positivismo jurídico", aplicable por analogía a las explicaciones "sociológicas" de las ideologías.

“Apocalípticos o Integrados”: Los dilemas culturales del socialismo latino-americano.

nuestras prácticas ciudadanas y de nuestras reflexiones sobre los principios de la asociación política. Tal itinerario tiene su propia “historia interna”⁹ y sólo desde su núcleo es posible establecer con propiedad cuáles son los antecedentes pertinentes de un desempeño o de una propuesta. Hasta tal punto es así, que casi siempre debemos remontarnos algunos milenios para esclarecer el debate acumulativo inseparable de esa empresa indagatoria.

Por otra parte, la tesis de la ideología dominante intenta responder a un interrogante mal planteado, a una demanda de saber impertinente, reñida con el principio mismo del “uso de la razón pública”. Su planteo, en efecto, desvía nuestra atención del contenido de lo que dicen nuestros interlocutores y la dirige hacia lo que son, facilitando así un deslizamiento hacia la evaluación de las pretensiones en función de los títulos y antecedentes acumulados por sus emisores. Y aunque esa información podría beneficiarnos con algún esclarecimiento complementario, el propio planteo supone arbitrariamente que debe existir un acoplamiento inequívoco entre el plano de las reglas y el plano de los principios. Es decir, entre: a) la forma en que un grupo social conjuga distintos requerimientos, administrando múltiples transacciones y ajustes del tipo “second best”; y b) aquellas exigencias reguladoras a la luz de las cuales inscribimos nuestros mejores empeños y pretendemos dar buenas razones de ellos, más allá su contexto local de aplicación. Precisamente, en razón de ese “encimamiento sociológico”, la tesis de la ideología dominante carece de la distancia suficiente para deslindar entre “reglas” y “principios”, y pierde de vista la más banal de las evidencias: que en cualquier grupo humano, aún el más homogéneo y compacto, existen desfases tensionados entre sus arreglos prácticos y los criterios generales de aceptabilidad y relevancia, dando lugar a un contencioso interminable a propósito de su alcance.

Un par de ejemplos puede servirnos para ilustrar este último punto. Durante la Edad Media, las poblaciones europeas establecieron un orden de previsibilidades y garantías sobre la base de módulos locales de pactos personalizados, y organizaron sus actividades apelando a sistemas de adscripciones rígidas de funciones. Sin embargo, tal orden de arreglos era vivido como un sucedáneo degradado, pero inevitable, de un ordenamiento institucional de la convivencia de acuerdo a las tradiciones culturales de la asociación política, inauguradas en Grecia y en Roma. La referencia a esa institucionalidad clásica estaba vigente como aspiración a una posibilidad privilegiada de regulación pública, frente a la cual el sistema de vínculos y lealtades con “nombre y apellido” venía a resultar algo así como una aproximación bastarda. Y tan “fresca” era esa referencia, tan “disponibles” estaban las competencias y las expectativas, que no sólo se seguían utilizando los términos asociados a esas tradiciones institucionales, sino que se pudo invocar a éstas como

“antecedentes pertinentes” varios siglos después, al retomarse el “programa de investigación” clásico.

El segundo ejemplo recoge las enseñanzas de Albert Hirschman (HIRSCHMAN, A.O., 1978) a propósito del largo y trabajoso proceso de “inserción pública” del ethos “mercantil”, con su énfasis en la iniciativa personal, en el cálculo de costos y rendimientos en base a “unidades de cuenta” desagregadas, desacopladas de cualquier arreglo social deliberado. Contrariamente a las versiones más difundidas, dicho ethos seguía ocupando una posición “disidente” o por lo menos resistida, y generando recelos y temores, varios siglos después de haberse consolidado las prácticas económicas que giran en torno al mercado y a la empresa privada como unidad independiente de gestión de los recursos. No ganaríamos nada si tratáramos de explicar esas resistencias como residuos “inerciales” de formaciones anteriores; en realidad perderíamos de vista la sustancia misma de lo que se estaba debatiendo, ya que empezaríamos por descalificar las razones atendibles de tales resistencias. Por otra parte, la carga de la prueba corría por cuenta del nuevo ethos: estaba obligado a exhibir sus títulos y sus antecedentes de idoneidad, a demostrar que su irrupción desgarradora de las tramas de solidaridades locales no constituiría una disolución regresiva de la convivencia social, un desmoronamiento de todas las virtudes, lealtades y disciplinas. Se le exigía que, al hacerse un lugar en el mundo al lado de los anteriores modelos de excelencia, fuera capaz de reformularse y reformularlos, de abrir nuevas dimensiones a los emprendimientos humanos y posibilidades inéditas de objetivar su relevancia. Y para ello fueron necesarios aportes diversos, no sólo de economistas y de filósofos políticos, encargados de repensar los vínculos entre lo público y lo privado, sino también de novelistas, ensayistas, pintores, poetas e incluso periodistas, encargados de explorar ese nuevo mundo abierto de visibilidades y reciprocidades.

De cualquier manera, su inserción no es un asunto resuelto definitivamente, ni tiene que quedar asociada a ciertas formas específicas de propiedad y de gestión económica. Por un lado, ayudó decisivamente a incorporar un nivel de desagregación de responsabilidades objetivas que realzan la posibilidad de un ejercicio de la ciudadanía sobre la base del juicio independiente de sus miembros. Por otro lado, si bien “pagó su derecho de piso” y dispó los recelos más obvios, aún hoy debe ganarse el pan cotidiano de su legitimación pública, reclutar disposiciones favorables y los respaldos requeridos para enfrentar tanto los ataques provenientes de los modelos clásicos de excelencia humana —los que renuevan su empuje en cada momento de crisis, canalizando todos los desencantos y las frustraciones sobre la presunta “mezquindad” de la sintaxis comercial—, como los impactos provenientes del “civismo republicano desinteresado” y de las exigencias igualitarias y solidaristas.

“Apocalípticos o Integrados”: Los dilemas culturales del socialismo latino-americano.

8.— Trasladando las categorías de Hirschman a la trayectoria de la cultura política y del ethos socialistas, podemos considerar a éstos como el “núcleo duro” de un “programa de investigación”, cuyo itinerario de aprendizajes, erranzas y reajustes es pasible de “reconstrucciones racionales”. (LAKATOS, I., 1974). A partir del enfoque propuesto, ya no cabe asociar su aporte a una determinada etapa del proceso civilizatorio, ni anticipar sus “chances de triunfo” en función de algún diagnóstico sobre la evolución social. Nuestra situación al respecto es similar a la que apuntaba Popper para la ciencia del futuro: no podemos hablar de sus realizaciones venideras sin sumarnos al debate, indefinidamente abierto, sobre la naturaleza y el alcance de la propia empresa en marcha. La historia de la ciencia nos recuerda que ningún programa de investigación, ninguna hipótesis queda definitivamente descartada, que continuamente tenemos que volver sobre nuestros pasos para rescatar pistas y verdades que habíamos dejado de lado en la prisa por avanzar.

Así pues, en un sentido básico, ese “núcleo duro” ya se insertó definitivamente en el horizonte de nuestra empresa indagatoria. Las exigencias igualitarias y solidaristas se incorporaron al debate acerca de una convivencia buena y justa, y allí tendrán que ganarse su lugar más o menos relevante, pagando su derecho de piso y haciéndose cargo de las resistencias que levantan. Y como señalábamos anteriormente, puede reclutar en su favor un potencial inagotable de disposiciones favorables a esas exigencias. Disposiciones que se reproducen y cobran nuevos alcances a través del propio ejercicio competente de la asociación política. En otro sentido, esa certeza no le garantiza que ese mismo “núcleo duro” logre constituirse en una fuente de aplicaciones y traducciones suficientemente discriminadas, de objetivaciones confiables de las “contabilidades” y las responsabilidades, de aportes institucionales irremplazables a partir de otras tradiciones políticas. No sólo no podemos descartar la posibilidad que dicho núcleo quede reducido a una mera referencia testimonial, a aspiraciones confusas y “perezosas” acerca de una convivencia trivialmente armoniosa —lo que más que un sueño inalcanzable sería una pesadilla de disolución en la irrelevancia y la desvalorización indiscriminada de todos nuestros emprendimientos—. Además de eso, disponemos también de buenos argumentos para dudar de esa “irremplazabilidad” en el propio terreno de la igualdad y de la solidaridad. En efecto, las mejores prolongaciones de la institucionalidad y de la cultura política “liberales” tienen sobrados títulos para reclamar el privilegio de su utilización como fundamento sólido para respaldar y orientar los empeños igualitaristas más ambiciosos, las propuestas solidarias mejor articuladas con la independencia cívica de los beneficiados. Cuentan, además, con la ventaja de estar exoneradas de las tentaciones y pendientes políticamente regresivas en las que han desembocado reiteradamente las orientaciones socialistas.

Contrariamente a lo que suponen los representantes de estas orientaciones, los principios configurativos de la interpretación “liberal” de la

asociación política ponen a la defensiva a cualquier situación desigualitaria, a cualquier forma de privilegio. Las obligan, en efecto, a presentarse como excepciones justificables al estatuto básico de la igualdad ciudadana. Así por ejemplo el famoso principio de la diferencia, en la formulación de Rawls, establece que un arreglo equitativo aceptable por cualquier integrante de un sistema estable de cooperación social sólo permite justificar aquellas desigualdades en la distribución de recursos y responsabilidades que tengan como consecuencia (y actúen como incentivos de) una ampliación de las premisas vitales de aquellos que no ocupan esas posiciones aventajadas, en el entendido de que tal ampliación está ligada a una mejora de las razones de su autorespeto y a márgenes mayores de libertad de cara a la elaboración y prosecución de sus propios programas de vida. Cualquiera sea el juicio que se tenga sobre los recientes desarrollos de la filosofía política liberal (Rawls, Dworkin, Acherman, etc.), cabe reconocer que se trata de desarrollos conceptuales muy prolijos, capaces de medir sus instrumentos de análisis y sus criterios de validación de argumentaciones con toda clase de problemas y de situaciones, de dar lugar a confrontaciones sistemáticas y muy precisas. Se trata, pues, de la puesta en marcha de un programa completo de investigación, con suficientes recursos como para reformular el conjunto de las mejores tradiciones reflexivas en la materia y para alimentar prolongaciones sorprendentes en las más diversas direcciones. Entre ellas, vale la pena traer a cuenta de lo que tenemos entre manos los análisis de Dworkin en torno a los alcances de la igualdad: entre las dotaciones de recursos que se incorporan a la "subasta igualizadora" figuran las oportunidades de empleos, los talentos congénitos, la belleza y la salud física, lo que constituye un testimonio inequívoco de la seriedad con que allí se asumen los dilemas centrales de la asociación política.¹⁰

9.— Hemos resuelto encarar la encrucijada actual de la cultura socialista, el conjunto de desafíos e interpelaciones a que está sometida, como una instancia que se articula con su "historia interna" en cuanto "programa de investigación", es decir, como una prolongación de su intento de apropiarse y reformular los ejes de nuestra racionalidad política y económica. Una vez dado ese salto en el nivel de los interrogantes, ya no podemos buscar respuestas relevantes en los análisis de coyuntura, en las alternativas cambiantes de auge y decadencia de las distintas formaciones sociales, mientras no estemos en condiciones de desentrañar en esa trama intrincada los "hilos largos" que otorgan continuidad a nuestras búsquedas entrañables.

A partir de esa perspectiva centrada en los aportes "positivos" de los distintos programas indagatorios, el desafío central al que está convocada la cultura socialista ya no proviene de su enfrentamiento con el "sistema

10. DWORKIN, R.: *What is equality*, I, II, III y IV.

“Apocalípticos o Integrados”: Los dilemas culturales del socialismo latino-americano.

capitalista”. Tampoco tiene la forma de un “juego de suma cero”, en el cual las crisis y los fracasos del “otro sistema” son registrables como ganancias propias, y donde la identificación de sus “puntos débiles” o la exacerbación de sus dificultades serían valorizadas como avances en la buena dirección. Ningún “triunfo” en este terreno puede ir más allá de lo episódico, toda vez que estaría fundado en arenas movedizas. El único lugar disponible para dilucidaciones genuinas —aunque apelables— es aquel que resulta de “medirse con los asuntos mismos a la luz del uso público de la razón”. Sólo allí encuentran las distintas culturas políticas la posibilidad de objetivar el perfil de sus apuestas, incorporándose a la polifonía como una voz más entre otras y reconociendo como interlocutor privilegiado a “la ciudadanía desmovilizada”, en cuanto fuente autorizada de experiencias vitales irremplazables y de apreciaciones independientes. (Lo que implica, dicho sea de paso, renunciar a cualquier pretensión de hegemonías más o menos “orgánicas”, más o menos “disciplinadas”).

Para aceptar ese ámbito de dilucidaciones como el único apelable no es necesario plegarse a ninguna utopía de “una comunicación libre de dominación”, expurgada de temores, amenazas y recelos anticipados. Por el contrario, tales tensiones constituyen la sustancia misma de los asuntos que tiene entre manos la asociación política, ya que nada tendríamos que debatir y acordar en un mundo en donde no estuvieran en juego nuestras inserciones vitales, es decir, en donde pudiéramos asegurarnos de antemano la disposición favorable de los demás ante nuestras propuestas. En un mundo así, sin resistencias, donde no hubiera que vencer el desinterés y la desconfianza de nuestros interlocutores, ningún emprendimiento relevante podría objetivar su perfil diferencial ya que sólo encontraría una acogida indiscriminada y, por lo mismo, igualmente desvalorizadora.

Así, pues, incorporada a ese escenario público de confrontaciones sustantivas con las opiniones “profanas”, la cultura socialista queda interpelada a “medir” y a ser “medida”, a poner a prueba la idoneidad de sus recursos semánticos, sintácticos y pragmáticos como referencias vinculantes y rendidoras de cara al procesamiento de los asuntos y al reclutamiento de las virtudes y disciplinas cívicas. Ante ese careo esclarecedor, está obligada a hacerse cargo de nuestros mejores legados y acumulaciones civilizatorias, demostrando que sus aportes mejoran a los provenientes de otras tradiciones políticas y ofrecen un suelo confiable, provisto de prolongaciones previsibles, para llevar adelante tanto el programa de los derechos y libertades cívico—políticas como la empresa de valorización económica de nuestras inserciones sociales. A continuación echaremos una mirada a vuelo de pájaro sobre los itinerarios más recientes en relación con esas dos dimensiones.

9.— En cuanto al terreno de la asociación política, la tradición liberal —a pesar de estar en parte lastrada aún por su originaria “neutralización” instrumental de lo público—institucional— parece estar constituyéndose en la referencia privilegiada de los avances reflexivos más prolijos y de los empeños emancipatorios más vigorosos. Su interpretación de los derechos cívicos y de los controles políticos asociados a su ejercicio —interpretación que los perfila como exigencias independientes, no negociables— ha dado lugar a una especie de “lógica expansiva” en virtud de la cual el respeto incondicional a esas garantías se convierte en la piedra de toque de cualquier arreglo institucional, justificando la desobediencia civil y la pérdida de autoridad de cualquier gobierno que intente desconocerlas o que pretenda condicionar su acatamiento al logro de otros requerimientos o de otros propósitos. No es sorprendente, pues, que las mejores tradiciones liberales estén convirtiéndose en el eje alrededor del cual se autoconstituye una ciudadanía vigilante, celosa de sus prerrogativas, dispuesta a exigir que los poderes públicos se constituyan en los más eficientes y cuidadosos defensores de esos derechos, y que sus desempeños estén sujetos a la “democratic accountability”. Más aún, esa lógica expansiva inherente al estatuto igualitario de la ciudadanía empieza a desbordar cualquier intento de confinarla en un área institucional especializada y pone en el banquillo de los acusados a las más variadas formas de discriminación y de opresión, incluso en aquellos lugares en los que —como el hogar— su entrada había sido impedida. Es precisamente, apelando a una interpretación ampliada de los derechos cívicos y de su vínculo interno con la pertenencia a la asociación política, que se despliegan campañas de protesta contra la discriminación sexual, racial y cultural, en defensa de la calidad del entorno natural y moral de la convivencia. Tal como escriben Bowles y Gintis: “... *the voices of protest against domination, wether raised en French, Zulu, Polish, English, Russian, Tagalog, Spanish or Chinese, increasingly draw upon a single laguage: the lexicon of rights... The lingua franca of the students of Soweto, of the shipyard workers in Gdansk, of the alternatives and greens in Germany, of radical workers in Europe and North America, of feminist the world over, or the 1987 constitution of Nicaragua cannot be traced to the comunist manifesto or the discourse of revolutionary Marxism, but rather to the French Declaration of the Rights of Man and the American Bill of Rights, both products of the liberal tradition whose roots lie in the eighteenth century's revolt against state absolutism... The liberal lexicon continues to be deployed against bastions of privilege in situation where, in a previous era, the language of socialist revolution might have provided the discourse of rebellion. It is perhaps not surprising that liberal ideology has attracted dissidents in the Soviet Union, Eastern Europe, China and Afghanistan. But the environmental, peace, labour and egalitarian youth movemements of Europe, the human rights protest in Latin America and South Africa no less than the continuing struggle for*

"Apocalípticos o Integrados": Los dilemas culturales del socialismo latino-americano.

democracy in Philippines draw more from Mill than from Marx, more for Paine than from Plekhanov".¹¹

Para la tradición socialista, esa emergencia irreversible de las exigencias y garantías asociadas a la interpretación liberal de la asociación política constituye un llamado impostergable a rendir ciertas asignaturas pendientes, a desprenderse de los últimos resabios de su pretensión original de erradicar toda forma de dominación y, por lo tanto, a sumarse decididamente, sin reclamar ningún puesto de privilegio, a la búsqueda de mejores y más justos ordenamientos de dominación.¹² En todo caso, su experiencia de varias décadas de inserción como testimonio disidente le ofrece a la cultura socialista un punto de partida para llevar adelante operaciones de cuestionamiento de los límites "relativistas" del "overlapping consensus" (Rawls), y de su renuncia previa a buscar nuevos terrenos de encuentro, garantías y responsabilidades "especiales" para todos los que están tentados a excluirse de los acuerdos institucionalizados de la asociación política. Se trata nada menos que de encarar la reformulación de la distinción clásica entre lo público y lo privado, asociada a los criterios de tolerancia "laica" en base a los cuales se superaron las guerras religiosas en Europa, de manera tal que, desbordando esa "neutralización empobrecedora" de lo público, no sólo no se ponga en peligro la convivencia pluralista sino que se le otorgue una relevancia mayor. Tal aporte no tendría ningún sesgo doctrinario excluyente, ya que la cultura socialista no es la única que puede hablar en nombre de los disidentes.

10.— La segunda dimensión del careo de la cultura socialista con la ciudadanía desmovilizada coincide con el terreno de nuestra "civilización económica" en proceso. A primera vista, allí se estarían perfilando en forma irreversible ciertas "lógicas expansivas" cuya resultante produciría un fallo inapelable, no ya solamente contra los diagnósticos, los interrogantes y las propuestas socialistas, sino también, y más decisivamente, contra su abordaje mismo de esa civilización económica. Ya antes habíamos señalado cómo la cultura socialista, las apuestas orientadas hacia códigos igualitarios y agregaciones solidarias, parecían haber quedado condenadas a oscilar entre los dos polos frustradores de una alternativa empobrecedora. En su versión "incontaminada e intransigente", dicha cultura había tratado —sin éxito— de imponer nivelaciones igualizadoras en base a "transformaciones estructurales" de las instancias de decisión y de gestión de los recursos. Al final, tales transformaciones nunca logran hacer pie en la trama económica, no encuentran traducciones precisas a nivel de los asuntos y los lugares donde los hombres miden sus aportes y sus demandas. En el otro polo de la alternativa, en sus versiones "integradas y pragmáticas", las puestas socialistas parecerían

11. BOWLES, S. & GINTIS, H. (1987), pp. viii—ix.

12. HOFFE, O., (1988).

destinadas a convalidar implícitamente los padrones de una civilización económica a la que no han logrado reformular "desde adentro", de modo tal que quedan obligadas a negociar concesiones y transferencias igualitarias aisladas o meramente compensatorias. Como contrapartida, ese mismo fallo dilucidatorio consagraría el triunfo definitivo del "sistema capitalista" o, por lo menos, la hora de su auge provisorio frente a cualquier otra propuesta disponible.

Sin embargo, todo ese escenario de dilucidaciones de triunfos y derrotas no resiste al más superficial de los análisis. El conjunto de itinerarios plurales a que ha dado lugar nuestra civilización económica, contemplados con cierto distanciamiento y sin el afán de sumarse al bando ganador, dista de confirmar las virtudes de un sistema económico equívocamente perfilado, de comprobar los aciertos de sus correspondientes formulaciones teóricas, de sus arreglos institucionales y de sus recetas de "relojería económica". Por el contrario, a esta altura resultan insostenibles las pretensiones sustentadas tanto por los apologistas como por los críticos de ese presunto sistema, y poco rendidora la alternativa misma que nos plantean.

Por lo pronto, ha dejado de ser pertinente la referencia a un sistema capitalista como una modalidad perfectamente identificable de organización económica, con su estructuración específica de las relaciones sociales, su legalidad y su dinámica propias. Han terminado en el más rotundo de los fracasos todos los intentos de definir la semántica y la sintaxis idiosincráticas de este proceso de autovalorización del capital — articulado en torno a la propiedad privada de ciertos recursos estratégicos—, toda vez que aquellas legalidades y operaciones a las que se ha procurado asociar la "lógica capitalista" no sólo están abiertas a una pluralidad indefinida de conjugaciones y reelaboraciones, sino que, en cuanto categorías y principios de "puesta en forma" de las transacciones económicas, desbordan cualquier marco institucional particular, cualquier régimen de propiedad sobre los recursos, y admiten todo tipo de asociaciones con las exigencias más radicales de igualdad y solidaridad.

En segundo lugar, los itinerarios de nuestra civilización económica nos invitan a desplazar el problema de la propiedad privada de cualquier lugar de relevancia en cuanto a la orientación de los emprendimientos y la gestión de los recursos. En lo que se refiere a las llamadas economías de mercado, como veremos más adelante, la titularidad de ciertos activos está siendo relegada como factor determinante en la distribución de los ingresos y comienza a reubicarse en una dimensión que carece de vínculos privilegiados con algún "sistema económico" en particular. Nos referimos a la dimensión del ahorro discriminado como atesoramiento de posibilidades de gasto diferido, a la programación individual o grupal de ciclos vitales de escalonamiento de actividades y dedicaciones, así como a la posibilidad de transferir esas "disponibilidades" a aquellos allegados con los que se comparte la programación de esos ciclos vitales.

“Apocalípticos o Integrados”: Los dilemas culturales del socialismo latino-americano.

En tercer lugar, y contrariamente a lo que suponían los críticos y los apologistas de las economías de mercado, el proceso de circulación de valores medidos por un patrón único de medición —el dinero— no dió lugar una “formalización” total, a una nivelación homogeneizadora de las “aplicaciones regionales” del capital y a una dinámica concentradora del poder económico en torno a la disponibilidad de activos financieros, como expresión privilegiada de ese módulo de valor, indiferente a los contenidos y destinos a los que se afecta. En ese sentido, han quedado refutadas todas las previsiones acerca de la dinámica evolutiva del “sistema capitalista”, basadas en la expansión irreversible de su principio “formal” de valorización y en su invasión progresiva a todas las actividades y regiones del mundo humano, imponiéndoles su operación fundamental, su monologo invariable y obligándolas a convertirse en meros soportes indiferentes de su autorreproducción. Al igual que la dinámica durkheimniana, basada en los polos incambiables de la “integración” y la “diferenciación”, los intentos de aislar la legalidad evolutiva de las formaciones sociales capitalistas —es decir aquellas que concedieron un lugar central a la valorización mercantil de la producción, a la propiedad privada de ciertos recursos estratégicos, a la circulación financiera de los excedentes— han sido desmentidos y sobre todo hallados culpables de una formalización perezosa, de espalda a los contenidos sustantivos de las actividades y arreglos societarios. Frente a esos intentos fallidos se alzan las racionalidades “tópicas” y descentradas de los emprendimientos y asuntos, la “materialidad” específica de sus restricciones y posibilidades: los hombres no se asocian para construir “sistemas”, para encontrar ajustes y equilibrios requeridos para preservar la integridad de las tramas sociales, sino que están dispuestos a arriesgar cualquier integridad que les impida llevar adelante sus exploraciones valorizadoras del mundo y de la vida humana.

En realidad, la visión compartida por las dos grandes escuelas de análisis económico —la “liberal” y la marxista— acerca de un “proceso capitalista” dotado de una lógica autoreferida y de una legalidad propia, sustraída a sus premisas sociales, culturales y políticas, solo se aplica a contextos marginales y muy acotados, a ciertos enclaves incrustados en los intersticios de una economía de mercado y por lo tanto dependientes de las articulaciones y ajustes sustantivos, de aquellas inercias, lealtades y previsibilidades que no solo constituyen la única garantía de la racionalidad de las evaluaciones sino que proporcionan, además, el único suelo adecuado para acumulaciones relevantes. En cambio, una lógica “capitalista” desembarazada de resistencias y “roces”, que pudiera imponer sus homogeneizaciones entre los distintos emprendimientos y tradiciones productivas y establecer los niveles de indiferencia entre las distintas aplicaciones del capital, solo podría desplegarse en medios sociales deliberadamente acondicionados para ello —las “zonas francas”, por ejemplo— es decir, parasitando a otros “ámbitos completos” de convivencia capaces de reproducir el entramado de virtudes, disciplinas,

competencias y lealtades cívicas requeridas para llevar adelante empeños sustantivos.

Por último, la internacionalización financiera, comercial y productiva, la circulación creciente de los capitales, de los conocimientos, y de los recursos humanos en una búsqueda "nómada" de sus oportunidades de inserción, no ha impuesto una lógica unificadora que anularía la diversidad de las tradiciones científicas y tecnológicas, de las culturas empresariales y laborales, de las formas institucionalizadas de regulación social, etc. Es cierto que los procesos de circulación financiera imponen ciertas exigencias y pautas comunes de previsibilidad, y que limitan el margen de discrecionalidad en el manejo "local" de los instrumentos de política fiscal y crediticia. Pero, en todo caso, tales exigencias no han conducido a uniformizar las estructuras de precios relativos, las tasas de retribución de los factores, las tasas impositivas, las legislaciones laborales, etc. Para comprobar esto basta con echar una mirada a lo que sucede en economías tan diferentes entre sí como la sueca, la japonesa, la italiana, la coreana y la alemana, por ejemplo. Además, los condicionamientos impuestos como contrapartida para la consolidación de una acumulación financiera operan por pistas separadas a los que operan en el terreno de la inversión productiva, lo que impide que cada una de esas pistas pueda subordinar a la otra: las empresas productivas están obligadas a conquistar su lugar, volviéndose atractivas como canales de recepción de los fondos acumulados por los institutos de pensiones y seguros —con un rol crecientemente protagónico en el mercado de capitales de riesgo— mientras que dichos institutos están exigidos a reforzar su excelencia y a innovar, ofreciendo modalidades inéditas de retorno a sus asociados.

Al margen de este tipo de consideraciones las exigencias y condicionamientos ligados a la consolidación de los circuitos financieros tienen sus efectos positivos. En primer lugar constituyen un acicate para la maduración de una cultura económica y política y de una opinión pública responsable, es decir están obligadas a dar cuenta de cualquier cambio en sus criterios, capaces de convertirse en árbitros exigentes y vigilantes de un funcionamiento incorrupto de las instituciones oficiales y de las corporaciones, de respaldar una administración de justicia abierta a la reinterpretación de principios más allá del estricto orden legal. Ninguna ventaja puntual ofrecida, ni la mera franquía "salvaje" a los movimientos de capital o el más ingenioso de los estatutos de regulación jurídica, puede reemplazar a esas referencias y tradiciones culturales como garantía última de las reciprocidades establecidas.

En segundo lugar, las exigencias de transparencia y de "accountability" en el manejo de las políticas crediticias, su inevitable desacoplamiento de las orientaciones gubernamentales y de los condicionamientos de corto plazo ligados al período de sus respectivos mandatos, lejos de operar como restricciones al ejercicio de la institucionalidad democrática, constituyen su mejor aliado. No es por mera coincidencia que en los

“Apocalípticos o Integrados”: Los dilemas culturales del socialismo latino-americano.

sistemas políticos donde se ha consolidado mejor dicha institucionalidad democrática se estén realizando continuos avances en torno al establecimiento de instancias autónomas de regulación del crédito, dotándolas de toda clase de garantías y limitaciones, en el entendido de que en torno a esa variable se deciden muchas mas cosas que en las negociaciones salariales o que en la presupuestación de los gastos públicos. En efecto, si la mera “inercia de los antecedentes” privilegia a los emprendimientos existentes, favorece las concentraciones oligopólicas y encarece en forma desmedida los costos de incorporación de nuevos emprendimientos, su manejo discrecional otorga un poder desorbitado para dirimir entre tradiciones científicas, tecnológicas y productivas, para consagrar como “oficiales” a ciertos estilos y escuelas de investigación, a ciertos modelos y escalas de empresas agrícolas o industriales, arrasando reservas irrecuperables de orientaciones alternativas y de tradiciones arraigadas de aprendizajes y competencias, que se volverán imprescindibles cuando se tornen evidentes las unilateralidades de dichas líneas “oficializadas”.

En tercer lugar, la incorporación de esa dimensión del ahorro como gasto diferido, legitimada por una opinión pública esclarecida acerca de sus implicaciones y posibilidades infinitas de ajuste y reformulación, obliga a cualquier sociedad a ampliar su trama de reciprocidades discriminadas, estableciendo obligaciones y gratitudes entre distintas generaciones y etapas del ciclo vital. La invita a compartir los costos y los beneficios de las previsibilidades y las garantías, a regular los límites y las condiciones que se establecen esos fondos, las cuotas retenidas de los reembolsos y de las transferencias hereditarias como forma de que esas “disponibilidades” socialmente aseguradas contribuyan a la igualación de oportunidades.

Dado que nuestra argumentación contra cualquier intento de identificar una legalidad y una dinámica inherentes a un modo de organización social designado como “sistema capitalista”, se basa, entre otras razones, en la observación de las trayectorias diferenciales de aquellas economías habitualmente agrupadas bajo ese rótulo, conviene anticiparse a rechazar las interpretaciones “relativistas” y las connotaciones “subjetivistas” de nuestra referencias a tradiciones y culturas económicas. A esta altura, resulta claro que tales trayectorias diferentes no pueden ser explicadas en términos de etapas de un mismo desarrollo lineal, es decir apelando a las clásicas visiones evolucionistas, con arreglo a las cuales Marx aconsejaba buscar en las sociedades industrializadas las imágenes del futuro común a todos los pueblos. Tampoco se mantiene en pie la remisión convencional de esas diferencias a los distintos modelos de “relojería económica” adoptados en cada caso, toda vez que las mismas recetas están “asociadas” a resultados bien distintos. Fracasos similares han derivado de los intentos de dar cuenta de esa diversidad en términos de un compromiso entre (i) una lógica sistémica común —la lógica del “sistema capitalista”— y (ii) los coeficientes de “inercia” propios de cada medio social; tales intentos suponen una simplificación del aporte de

dicho medio social, el que se limitaría a oponer una mayor o menor "resistencia, una densidad específica capaz de refractar el mismo rayo de luz con distinto ángulo.

Más allá de la pobreza heurística de tales intentos explicativos, de su incapacidad constitutiva para ofrecer siquiera un modelo mínimamente articulado de la conjugación de esa "lógica" propia del "sistema capitalista" y de los medios específicos en que se implanta, más allá de las deficiencias y los fracasos de todas las tipologías y previsiones de desarrollos futuros, asociados a esos modelos, los mismos son culpables de incurrir en un vicio teórico mucho más grave. En efecto, ellos descansan en el supuesto "perezoso" e insostenible con arreglo al cual en un medio social neutralizador, liberado de roces y resistencias se impondría una especie de orden o legalidad económica "natural", lo que legitimaría la operación del investigador aislando contrafácticamente la "trayectoria ideal", "normalizada", a que daría lugar la dinámica endógena de ese orden, como paso previo a la observación de las desviaciones que le imponen los diversos medios, interfiriendo con esa dinámica, "asimilándola" imperfectamente en función de los contextos culturales, con sus peculiaridades "subjetivas".

Ahora bien, tanto esa visión primitiva de un ordenamiento social autosustentado y autoregulado —casi asimilable a una especie de orden o designio cósmico— como su contrapartida, es decir, la versión de ese mismo ordenamiento como algo meramente "convencional", resultan impotentes para hacerse cargo del aspecto más obvio de nuestra racionalidad económica: "lo que allí se trata" no es un asunto definido de una vez para siempre ni tampoco algo manejable a nuestro arbitrio; no admite ser identificado con algún clivaje "naturalmente configurado" ni su asimilación con una mera estipulación confirmada de algún recorte que aislaría un campo apropiado de operaciones. Por el contrario, solo llegamos a entender nuestras prácticas o hábitos económicos, así como las distintas orientaciones o escuelas de análisis económico, cuando "las tomamos en serio", es decir cuando les otorgamos los más amplios créditos y chances posibles para que desplieguen todo el alcance de sus propuestas, su capacidad de "acondicionar" encuentros discriminados con la naturaleza y con los hombres. Se trata, en el fondo, de algo elemental: de acoger los gestos que nos interpelan —ya sea la fabricación de una punta de lanza tallada en la piedra, los libros de Geometría de Euclides o la oración de Sócrates ante la Asamblea ateniense— con la misma disposición que reclamamos para los nuestros: queremos que los atiendan y los juzguen por "lo que ellos tienen para decir" y no que se apresuren a rastrear sus antecedentes en nuestra biografía, a explicarlos como meras "acomodaciones" autocentradas. En el caso de prácticas económicas, tomarlas en serio implica sustraerse a la doble pendiente de trivializaciones opuestas y complementarias. En un extremo, considerarlas como meras soluciones "locales" de "ajuste sociocéntrico" a un conjunto unívoco de requerimientos y restricciones "objetivas". En el

“Apocalípticos o Integrados”: Los dilemas culturales del socialismo latino-americano.

otro extremo, el reducir las a meros “juegos” autoreferidos, exonerados de dar cuenta de la aceptabilidad y pertinencia de sus reglas y de sus operaciones, por cuanto éstas serían inseparables de ciertas “formas de vida” que solo pueden aprenderse a través de su ejercicio, y que, por lo tanto, constituyen un “framework” insuperable, sustraído a cualquier dilucidación del alcance de sus principios.

En cambio, una vez que eludimos esa falsa alternativa —el mundo visto por el “ojo de Dios” y el mundo asociado a cada “forma de vida”— la diversidad de trayectorias y culturas económicas —aún entre aquellas que comparten la adjudicación al mercado de un lugar privilegiado— pasa a convertirse en una confrontación “en serio”, una confrontación que no admite ser dirimida apelando a alguna “realidad fundante” trivialmente accesible al margen del propio contencioso abierto, ni despachada en términos de una “coexistencia pacífica” entre mundos alternativos. Precisamente, el contencioso entre las distintas apuestas es ineludible por cuanto cada una de ellas tiene buenas razones y testimonios que alegar en su favor, porque prolongan ciertas posibilidades “objetivas” de sacar partido de los encuentros entre nuestros gestos y un universo compartible de relevancias y discriminaciones. Y si bien es cierto que ellas generan su propio “ambiente”, reproducen las premisas de su autoconfirmación como prácticas vitales y culturales, también es cierto que no pueden sustraerse a la obligación de proporcionarnos las distancias y las claves para establecer interlocuciones rendidoras con sus “oponentes”: sistemas de traducciones y correspondencias recíprocas para reconstruir esclarecedoramente nuestros itinerarios y erranzas a partir de tensiones y opacidades arraigadas en nuestros emprendimientos, y para incorporar nuevos recursos de exploración y aprendizaje.

11.— Si volvemos la mirada al escenario actual, nos encontramos con un desfase notorio entre las “lógicas expansivas” de la ciudadanía, por un lado, y de la cultura económica, por el otro. En el primer caso, el ejercicio de la ciudadanía encuentra cada vez más formas de gravitar, más y mejores posibilidades de “sabotear” a quienes pretenden desconocerla, así como de limitar los márgenes de un poder inconsulto, aún cuando para ello tenga que recurrir a modalidades “salvajes” de expresión y de testimonio. En ese terreno parecen estarse consolidando las “distancias” requeridas para volvernos recíprocamente relevantes, para que sea “costoso” dejarnos de lado. En cambio, en el otro escenario en el que los hombres nos “medimos cotidianamente”, donde nos volvemos presencias visibles y gravitantes a través de nuestros aportes y conocimientos especializados, de nuestras respuestas a emprendimientos discriminados, precisamente allí donde aspiramos a cobrar relevancia con nuestros gestos, asistimos a una especie de inercia civilizatoria que opera en la dirección contraria.

Ya no se trata solamente de la clásica pendiente según la cual la organización de las gestiones productivas genera diferenciaciones de posiciones, estatutos desigualitarios de responsabilidades y asimetrías en

el control de las decisiones estratégicas. En todo caso, tales desigualdades podrían ser compatibilizadas con el estatuto igualitario de la ciudadanía, toda vez que las gestiones específicas serían sometibles a la "democratic accountability", es decir obligadas a justificar los privilegios diferenciales frente a una opinión independiente, que administrando sus "voices, exits and loyalties"¹³ encontraría formas de hacerse oír, al margen del ámbito corporativo de cada unidad de emprendimientos. No es a esto a lo que nos estamos refiriendo, sino a una dinámica valorativa frente a la cual la cultura socialista —y no sólo ella— se ha mostrado por ahora impotente para enfrentarla: se trata de aquella lógica inherente a los circuitos dinámicos de valorización social de recursos, competencias y desempeños, en virtud de cuya inercia resultan continuamente expulsados, excluidos y descalificados, vastos sectores de la humanidad que son condenados a la irrelevancia, a ser, como en la queja de Aquiles, "un peso inerte sobre la tierra". En efecto, como contrapartida de esa "visibilidad luminosa" que introduce la exploración valorizadora del mundo, todos los recursos y las capacidades —oficios, conocimientos, disciplinas y hábitos vitales— acumulados en las tramas locales de socialización y de aprendizajes —incluso aquel disponible en los sistemas de educación formal— quedan hundidos en el cono de sombras que acompaña a ese foco cambiante. Para peor, cada vez se hace más difícil a los desplazados adquirir las competencias necesarias para reinsertarse genuinamente en esos circuitos exigentes de valorización dinámica: terminan siendo declarados irrecuperables, carentes incluso de valor potencial, de manera tal que ni siquiera figuran como "ejército de reserva" y su suerte es peor que la de los esclavos, ya que éstos al ser explotados se insertaban como recursos valiosos.

Ningún sistema de transferencias y de distribución de ingresos puede compensar esas asimetrías ni cerrar esas grietas crecientes entre los extremos de una pirámide vértico—valorizadora¹⁴ que nuestra civilización económica reproduce, con independencia de las modalidades diferenciales de propiedad sobre los medios de producción. Todos los intentos de establecer puentes de solidaridad con los desplazados parecen condenados a ingresar en una espiral de frustraciones y fracasos. En efecto, obligan a sus presuntos beneficiarios a ser visibles únicamente como descalificados, a quedar atrapados en ese estatuto, a renunciar a librar sus propias batallas, marginales pero dignificadoras de algún modo, a convertirse en furgones de cola de los grupos "insertos", es decir, de los que disponen ya de un cierto margen de veto y de gravitación. Además, por una dinámica perversa, asociada a esa misma lógica expansiva de la civilización económica, todos los intentos de hacer llegar recursos a los más abandonados —no sólo los desocupados, sino también los niños abandonados, los discapacitados, los dementes, los

13. HIRSCHMAN, A.O., (1970).

14. LEROY, R., (1983).

“Apocalípticos o Integrados”: Los dilemas culturales del socialismo latino-americano.

ancianos solitarios— terminan casi siempre filtrados en otras direcciones por medio de acciones que, en el fondo, no hacen más que prolongar las escasas expectativas que tiene la sociedad con respecto a los aportes y testimonios vitales provenientes de esos grupos. Acciones reforzadas, además, por el convencimiento tácito de que las dádivas gratuitas y unilaterales están reñidas con los criterios predominantes de méritos y responsabilidades. Por su parte, el propio destinatario de esas concesiones comparte en gran medida esa desvalorización social de todo aquello que no se consigue por empeño propio, por aprecio recíprocamente otorgados, y no puede encontrarse reconocido y ante esas muestras de una solidaridad asimétrica y “perezosa”.

12.— Ese tipo de desencuentros y malentendidos a que está expuesta la cultura socialista encuentra su expresión más visible —no la única, por cierto— cuando el obrero y el estudiante “movilizados” de nuestras sociedades latinoamericanas, el sindicalista, el militante de los movimientos de cooperativas y asociaciones vecinales, encuentran un muro de desconfianza e incluso de hostilidad larvadas en el desocupado, en el “informal”, contra el que choca su convocatoria a unirse en la lucha contra los “dueños de los medios de producción”. No advierten, entre otras cosas, que su interlocutor visualiza en él a un privilegiado cuyas demandas e intereses suelen conspirar contra la creación de nuevas oportunidades de inserción laboral y, sobre todo, a alguien cuyo poder colectivo de negociación se adquiere restringiendo la oferta de mano de obra y elevando los costos de nuevos reclutamientos, los famosos “hiring and firing costs”.

Más allá de esa zona básica de desencuentros, el representante de la cultura socialista contribuye a dificultar el establecimiento de puentes entre las dos orillas, toda vez que aborda al desplazado como a alguien que no advierte la condición común de explotado, alguien que no es conciente de las relaciones de dominación y de la estructura de privilegios que lo mantiene en la miseria. A esa altura el equívoco resulta patético, por cuanto todos los esfuerzos pedagógicos del disidente “movilizado” —y de allí toman orígenes las diversas “pedagogías del oprimido”— se dirigen a quienes tienen toda esa trama —presuntamente oculta— bien a la vista y dependen de su conocimiento pormenorizado de ella para negociar cotidianamente sus estrechos márgenes vitales. Y aún más: no sólo desconocen hasta qué punto esa superior lucidez que se autoatribuyen se refleja en sus intentos frustrados de acercamiento, sino que malentienden el éxito de ciertos caudillos “populistas”, su capacidad de encontrar terrenos comunes de trato digno con esos sectores.

Por cierto, tales desencuentros y despistes no quitan valor al compromiso moral ni gravitación al testimonio político del representante de la cultura socialista, atrapado entre su solidaridad frustrada con el desplazado y su rechazo a ser cómplice de un estatuto desigualitario. Por el

contrario, su voz crispada constituye un aporte imprescindible en la polifonía ciudadana; su intransigencia con las diferencias de oportunidades vitales y su malestar casi personal con esas situaciones, pesan constantemente con un recordatorio de los límites de nuestra solidaridad. Su disponibilidad para protestar y movilizarse —aún en los casos en que incurra en despistes, se asocie a certezas insostenibles y a soluciones trivializadoras— sigue siendo un recurso de civismo desinteresado para el cual no disponemos de sustitutos. Incluso su propia ubicación al borde o en franca ruptura con los recursos institucionalizados de la asociación política no nos autoriza a descalificar su testimonio, a considerarlo irrescatable por estar reñido con el “overlapping consensus”. Si así lo hiciéramos estaríamos olvidando que nuestra asociación política sólo puede sobrevivir si está siempre dispuesta a asumir el desafío de las “voces externas”. Toda ella, en efecto, está jugada en torno a las condiciones mismas de la inclusión y no puede dar por resuelto ese dilema de una vez para siempre sin convertirse en un pacto mafioso entre los ya amparados por su ejercicio. Por supuesto, aquí tampoco valen concesiones unilaterales y gratuitas: si el disidente ocupa un lugar público, con garantías especiales para ejercer su testimonio de forma que sus consecuencias resulten previsibles y sus propuestas de gestión puedan perfilarse como una alternativa confiable, entonces debe estar pronto para asumir todas las contrapartidas de responsabilidad implicadas en ese “medirse” con una ciudadanía “desmovilizada”. Y entre otras cosas, debe empezar a hacerse cargo de que los demás se resienten ante el hecho de que su cultura disidente se haya apropiado de ciertos ámbitos públicos, —liceos, fábricas, oficinas, sindicatos, universidades, etc.—, convirtiéndose en la única voz autorizada y haciendo que otros ciudadanos deban cuidar sus gestos y dichos para no chocar con una presión social insoportable.

13.— Con todo, no sería imposible que algún día contempláramos a todos esos desencuentros y malentendidos como una etapa transitoria, en parte inevitable, de nuestros aprendizajes cívicos. Lo cierto es que resulta difícil separarlos de otro tipo de desencuentros más sustantivos en que ha incurrido la cultura socialista. Sus diagnósticos y recetas en torno al papel central de la propiedad de los medios de producción o del control de su gestión, en el establecimiento de desigualdades e injusticias, se han vistos desautorizados y comienzan a ser abandonados por sus más celosos defensores. Pero durante mucho tiempo indujeron a sus portadores ponerse de espaldas a todo asunto ajeno a esa dimensión, contribuyendo así a convalidar su propia automarginación del procesamiento responsable de las dificultades.

Dicha desautorización se ha ido procesando a dos niveles. “Por arriba”, se han vuelto inoperantes frente a un sistema de inserciones económicas en los que las diferencias de ingresos están cada vez menos ligadas a la mera propiedad de tales recursos estratégicos y en el que todos los días

“Apocalípticos o Integrados”: Los dilemas culturales del socialismo latino-americano.

aparecen nuevas formas de acceder a posiciones relevantes y disfrutar de altos ingresos como resultado de una valorización de aportes calificados, titularidad de iniciativas y diseños, acceso a informaciones anticipadas, etc. A ese nivel, la suerte de las teorías socialistas parece condenada al mismo tipo de obsolescencia que tuvieron los fisiócratas, ya que su insistencia en buscar nuevas formas sociales de propiedad de la tierra y de las empresas apunta en una dirección equivocada. Así, por ejemplo la concentración de la propiedad agrícola, el desplazamiento de los productores pequeños por empresas tecnificadas, incluso extranjeras, carece de toda relevancia desde el punto de vista de la distribución igualitaria de los beneficios. Por el contrario, el aumento y la diversificación de la producción protagonizado por un número reducido de empresas “visibles” y controlables, no solo facilita los “enlaces para adelante y para atrás” de que habla Hirschman, una mejor utilización de recursos y creación de empleos calificados, sino que ambienta la extracción de los excedentes en beneficio del conjunto de la población. En todo caso, ese proceso de incorporación intensiva de inversiones, de tecnologías y de conocimientos, disminuye el rol estratégico de la mera propiedad de la tierra, su capacidad de apropiación exclusiva de los beneficios de su valorización.

“Por abajo”, sus propuestas a los jóvenes y desocupados van quedando también desfasadas, en la medida en que les ofrecen, como única opción, su incorporación, una vez destruido el monopolio de los capitalistas sobre los medios de producción, a las organizaciones productivas clásicas, con todos sus rasgos de “civilización y disciplina laborales”, en un mundo en el que seguramente serán crecientemente escasos los empleos productivos estables y en el que estos, en el mejor de los casos, estarán reservados para grupos selectos, dispuestos a largos procesos de aprendizaje.

14.— Sin embargo, para el “ciudadano desmovilizado”, los reiterados fracasos del socialismo, su incompreensión de la sintaxis valorizativa en marcha —o en el mejor de los casos su aproximación exterior, tímida— no constituye un mérito inequívoco del “mundo capitalista”, de la civilización de los empresarios, ni aporta una convalidación sobre bases “neutras” de las desigualdades sociales resultantes. La disputa entre la propiedad privada y la propiedad colectiva de los medios de producción le resulta cada vez más irrelevante, toda vez que su problema principal se ubica en otro lugar: desde la opinión profana apelable, ¿cómo contrarrestar la posibilidad de ejercer chantajes que tienen las organizaciones productivas más dinámicas y con mayor valor estratégico —al margen del carácter social o privado de su propiedad— sobre el resto de la población, imponiéndole requerimientos y asignaciones de recursos, y oportunidades de inserción laboral que solo responden a su lógica acumulativa endógena?

Por otra parte, las teorías económicas clásicas y neo—liberales no salen mejor paradas al intentar dar cuenta de las desigualdades de ingresos a través del papel del mercado. En efecto, las desigualdades de posiciones, ingresos y responsabilidades en la pirámide de vertico— valorizaciones que se reproduce en las economías de mercado, no sólo no están legitimadas inequívocamente a partir de los principios e instituciones “liberales”, sino que ni siquiera responden a una “legalidad mercantil”, al funcionamiento libre de la oferta y la demanda en el mercado laboral. Con respecto a las diferencias de ingresos, más allá incluso de las remuneraciones laborales, la información disponible¹⁵ parece indicar lo siguiente:

i) En las sociedades capitalistas avanzadas, los ingresos salariales son responsables del núcleo principal de desigualdes, mientras que los ingresos asociados al capital inciden en forma secundaria, agudizando el vértice de la pirámide y, en cambio, achatándola en su base.

ii) En las economías que han eliminado o reducido a un rol insignificante a la propiedad privada como fuente de ingresos, se reproducen parecidas pirámides desigualitarias, a veces más acentuadas aún.

iii) Contrariamente a lo que suponen los economistas del mercado, las diferencias salariales no responden a las inflexiones cambiantes de la oferta y la demanda de mano de obra calificada para cada tipo de inserción laboral —las exigencias de calificación son cambiantes y distan de ajustarse a criterios estrictamente “técnicos”— ni tampoco reflejan niveles distintos de “productividad marginal”.

iv) Las oportunidades de acceder a posiciones altas en la escala de ingresos y responsabilidades se transmite hereditariamente ya no sólo a través de la fortuna personal, sino a través de sistemas organizados de cooptación social, de los cuales el educativo sólo constituye el ejemplo más notorio, generando toda una configuración de castas y barreras de acceso en función del entorno familiar, los vínculos, etc.

v) Las diferenciaciones así introducidas y consolidadas —las que median entre un ingeniero nuclear ruso y un campesino ruso o entre sus correspondientes en las sociedades de mercado— se ajustan a un mismo padrón de civilización económica, dinámico y cambiante, al que hasta ahora “nadie le ha metido el diente”.

En una entrevista recientemente concedida en Brasil, Abel Abenbeguian, Jefe del Departamento de Economía de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, afirmó: “Un médico tiene que ganar bastante más que un operario. Y el profesor debe ganar más que un operario y menos que un médico”.¹⁶ Hasta ahora las traducciones disponibles de esos “debe” y “tiene” se situaban en la alternativa rígida entre: a) una sintaxis

15. LEROY, R., (1983).

16. Extractos de la misma fueron publicados en “La Semana”, hebdomario de *El Día*. Montevideo, 8/7/1989.

“Apocalípticos o Integrados”: Los dilemas culturales del socialismo latino-americano.

económica “neutralizada”, sustraída a debates y negociaciones; b) una voluntad “política” que apelaba a criterios presuntamente justificables de reconocimiento imparcial de méritos o de orientación para el mejor empleo de los “talentos naturales” de los individuos.

A esta altura, ninguno de los dos discursos se sostiene. No disponemos de ningún criterio válido acerca de cómo debe constituirse una escala de remuneraciones y ni siquiera podemos estar seguros de la inevitabilidad y de la justificabilidad de una escala diferencial. Lo que sí está fuera de duda es que los recursos clásicos provenientes de nuestras mejores tradiciones políticas se revelan insuficientes para abordar este tipo de asuntos o por lo menos muy retrasados con respecto a la complejidad de las situaciones y las prácticas que tenemos que juzgar. En parte, este déficit arranca de un supuesto compartido por ambas. En efecto, más allá de sus disputas, ambas se apoyan en una matriz civilizatoria que puede ser expresa en la distinción aristotélica entre el mundo del *oikos* y el mundo de la *polis*, entre *poiesis* y *praxis*, entre fabricación de objetos de uso y actividad comunicativa. La misma se prolonga en la oposición lockeana entre “estado natural” y “asociación civil”, echando así las bases de la economía clásica, liberal y marxista, mediante la asunción de un nivel primordial de “objetivación” del gesto humano; objetivación que no sólo estaría sustraída a la asociación política sino que le daría a ésta su terreno de apoyo al amparo de las convencionalidades y veleidades de los hombres.

Ese “acondicionamiento” de una “objetivación natural”, pre-institucional, pre-política, tal como surge reformulada por Locke, constituye el punto de arranque de una nueva separación del mundo de lo económico y del mundo de lo político. Sólo que ahora se invierten las posiciones: el *oikos* pasa de la oscuridad de lo privado al plano de la “luminosidad propia”, mientras que la *polis* queda convertida en un satélite sin luz propia, en una dimensión parasitaria, al servicio de metas y exigencias configuradas a otro nivel. Es también el punto de arranque de lo que Louis Dumont designa como “la ideología económica” (DUMONT, L., 1982), de todo un programa de “localización” de la “sustancia misma del valor”, de la distinción marxiana entre “trabajo productivo” y “trabajo improductivo”, entre “infraestructura y supraestructura”, del intento de encontrar referencias y legalidades “naturales” —aún en la forma de una “historia natural de la evolución de la humanidad o de la sociedad”— ajenas al mundo cambiante del *agora* y del *foro*. El propio Dumont rastrea el sesgo individualista inevitable que asume esa “ideología económica” —incluso en quien menos se podía esperar (Marx)— y somete a una crítica demoledora a todo el proyecto, mostrando las innumerables contradicciones a que da lugar la búsqueda de ese punto fijo, de ese valor sustantivo, depurado de apariencias y ligado a nivel de desarrollo de la tecnología, es decir a una variable presuntamente sustraída a las erranzas humanas.

En efecto, las corrientes principales del pensamiento económico siguen pagando tributos altísimos por su fidelidad a su planteo inicial, al intento de encontrar un "anclaje objetivo" al sistema de precios relativos que emerge al nivel de la circulación de valores. Tal como estaba configurado dicho planteo, requería la aceptación de una especie de distinción metafísica entre la sustancia y sus accidentes: los precios relativos, con sus variaciones y movimientos erráticos, no constituirían más que un nivel de apariencias, un "mundo de las sombras", más allá del cual, como en el mito platónico de la caverna, se encontrarían las determinaciones "reales", sustraídas a las apreciaciones inestables de los hombres. La economía clásica creyó localizar esas determinaciones reales en el terreno de la producción; las relaciones de precios al nivel de la circulación se limitarían a "expresar" las conexiones y legalidades que operarían a nivel de las estructuras "profundas": el tiempo de trabajo socialmente necesario, las coeficientes de incorporación de insumos y factores productivos, la división y organización del trabajo, etc. propios de cada etapa de la evolución de la apropiación humana de la naturaleza. Tanto Ricardo como Marx partieron del supuesto —aceptado como más allá de cualquier duda— según el cual las pautas tecnológicas y de organización productiva se configuraban en forma exógena al plano de la circulación de bienes y de conformación de preferencias, de manera tal que cada etapa de la evolución económica puede ser encarado como una unidad de análisis, internamente homogeneizada, en la que ciertos ejes "normalizadores" absorben o desplazan a las modalidades disidentes o anómalas.

En cuanto a los abordajes neoclásicos, si a primera vista parecen devolver su relevancia al mundo de la circulación —abandonando el proyecto absurdo de encontrar un anclaje exterior, un punto de referencia inmóvil que, al igual que el espacio absoluto en la física newtoniana, permitiría distinguir entre los movimientos "reales" y "aparentes"— terminan desandando el camino. En efecto, en vez de analizar los procesos de circulación como un intercambio de señales entre modelos de emprendimientos y estilos de vida, se opta, en cambio, por considerar la oferta y la demanda de cada bien por separado, dando por supuesto que sus componentes no resultan afectados por esas variaciones de escala, o por analizar los intercambios entre dos items, dando por supuesto la "independencia de las alternativas irrelevantes" (ARROW, K., 1951). A partir de esos supuestos trivializadores, las combinaciones tecnológicas y de insumos son despojadas de todos sus alcances, de las apuestas civilizatorias que perfilan y de las resistencias culturales a las que se enfrentan: quedan reducidas a meros agregados neutros estrictamente evaluables en términos de optimización de resultados —como si el padrón de medida de esos resultados no estuviera siendo puesto a prueba a través de sus aplicaciones—, lo que equivale a un retorno a las coeficientes exógenos de la economía clásica; en cuanto a las preferencias de consumos, el análisis neoclásico, se limita a registrarlas como un

“Apocalípticos o Integrados”: Los dilemas culturales del socialismo latino-americano.

dato último, irreductible, como la expresión de decisiones desagregadas y desprovistas de cualquier continuidad y articulación “cognitivas” (establecimiento de programas de vida que operan como meta—preferencias orientadoras de ensayos y reformulaciones, búsquedas de inserción y reconocimiento público de los criterios de excelencia, etc.). No es sorprendente, pues, que la “superficie de encuentro” entre la oferta y la demanda —entre tradiciones productivas y estilos de vida— quede reducida a una mera compatibilización entre instrumentos indiferentes y preferencias “ensimismadas”.

Tal versión empobrecida de nuestra racionalidad económica, con su “neutralización” y “exteriorización” de las pautas de valorización, resulta compartida por las dos escuelas de pensamiento económico y expresada a través de sus correspondientes modelos de optimización: el mercado de competencia perfecta y el plan. En ambos casos, la optimización es el resultado de una operación expurgatoria de inercias y roces, de apegos y rechazos “demasiado humanos”, apelando a una instancia “neutra” de agregación de restricciones y viabilidades “objetivas”. En un extremo, el mercado de competencia perfecta rastrea automáticamente los puntos de equilibrio que garantizan la asignación óptima de los recursos y la maximización de las preferencias reveladas. En el extremo opuesto, la comprobación de las imperfecciones inevitables del mercado, la existencia de segmentaciones, rigideces, opacidades, distribuciones asimétricas de poderes de compra y de negociación, etc. induce a proponer una instancia privilegiada de síntesis social —el plan— que, eliminando esas imperfecciones de los mercados “reales” cumpla sus mismas funciones optimizadores y con la misma “objetividad” e imparcialidad.

Lo que ambas referencias contrafácticas dejan de lado es que una instancia neutralizada, sin apuestas ni inercias civilizatorias, sin resistencias, roces y densidades diferenciales para elegir combinaciones y establecer prioridades, se encuentra en una situación muy parecida a la del asno de Buridan: ha sido despojada de las premisas básicas de cualquier valorización, carece de un paisaje vital mínimo, de una continuidad de retenciones y anticipaciones capaz de “deshomogeneizar” el campo de posibilidades, de establecer líneas privilegiadas de búsquedas y preferencias. Si el médico es mejor retribuido que el profesor y éste más que el obrero —y no es ninguna casualidad que en dos modelos de organización socio—económica frontalmente opuestos, se reproduzcan parecidas escalas de diferenciación salarial— ello no significa que algún “designio inscrito en el orden natural de las cosas” convalide esa ordenación. Por el contrario, debe ser asociado al proceso con arreglo al cual, en el marco de una civilización económica abierta y revisable, esas profesiones han generado su propio lugar de inserción y reconocimiento públicos, han establecido las condiciones de reproducción de su propio nicho ecológico, acompañando y reformulando las consonancias y disonancias cognitivas que sus propias prestaciones sociales difunden.

Es altamente significativo que la "sabiduría convencional" compartidas por las dos escuelas de pensamiento económico hayan convalidado a la civilización económico "fordista-keynesiana" como un tránsito ineluctable: nos referimos a la producción y el consumo masivo de bienes y servicio uniformizados, la explotación indiscriminada de recursos naturales, la descalificación de los oficios y de las matrices locales de aprendizajes, la concentración de la iniciativa, la planificación y la autoridad en el vértice de las unidades de gestión, etc. Y que los dos modelos de organización económico-social hayan intentado dirimir supremacías compitiendo entre sí a lo largo de la misma pista, es decir tratando de "producir más de eso mismo que produce el otro". (Más aún los economistas soviéticos apelaron a los modelos de análisis del crecimiento económico y a los sistemas de ecuaciones elaborados por los seguidores de Keynes, para proyectar sus tasas de inversión y de aumento de la producción, con vistas a igualar y superar las performances de las economías capitalistas).

Ahora que empezamos a dejar atrás toda esa "civilización industrial", a percibir su sesgo y sus limitaciones, empezamos a comprender que todo su dinamismo y su impacto atractivo no reposaba en la mera expansión cuantitativa, ni en la dirección "natural" de nuestros requerimientos, ni en la prolongación unívoca de nuestras mejores potencialidades. Reposaba, más bien, en la invención de una semántica peculiar de la vida humana ("the american way of life"), de una articulación idiosincrática de lo público y lo privado y de toda una interpretación de nuestro trato con el mundo: se trata de una propuesta civilizatoria que procura ante todo simplificar y alivianar ese trato, de reducir al mínimo nuestros esfuerzos y aprendizajes discriminados, de convertir a nuestro ambiente en un conjunto de disponibilidades intercambiables. (Es la civilización de las camisas wash and wear, de la producción en serie, de las hamburguesas, el lavavajillas, la aspiradora, etc., con todas sus implicaciones: rigidez del producto final, acumulación de stocks, regulación del empleo y los ingresos para asegurar la estabilidad de la demanda, manejo del crédito con efectos anticíclicos, etc.).

Toda esa simplificación y agilidad, esa reducción de nuestros contactos con el mundo, estaba ordenada a su contrapartida positiva: la posibilidad de quedar liberados para dedicarnos a aquello que constituye el centro privilegiado de la vida humana, tal como figura en la filmografía norteamericana: los vínculos familiares, la crianza de los niños y los problemas de los adolescentes, las relaciones entre pares y vecinos, la búsqueda de autorespeto y de "éxito social", la afirmación del coraje y la independencia cívica, etc., es decir todo aquello para lo que alcanzaba —así se deba entender— con la sabiduría inscrita en el corazón de los hombres. Sólo unos pocos, en el vértice de la pirámide de las unidades de gestión, estaban obligados a manejar conocimientos especializados y ejercer actividades complejas y exigentes. Sólo que los mismos carecían de "visibilidad pública": se limitaban a canalizar una ciencia y una

“Apocalípticos o Integrados”: Los dilemas culturales del socialismo latino-americano.

tecnología “oficiales”, a servir como meros nexos de una racionalidad productiva y administrativa sustraídas a cualquier debate. (En cierto sentido, las agitaciones y revueltas promovidas en torno al eje de 1968, marcaron el comienzo de la declinación de esa civilización industrial fordista—keyneisana; levantaron el acta de registro de sus insuficiencias y, a la vez que problematizaban la relación entre lo público y lo privado, abrían el camino a una reformulación de las tradiciones productivas, al despliegue de subculturas de consumo y estilos de compartir preferencias, de encontrar testigos e interlocutores públicos de las apuestas vitales y de los desempeños laborales. Y por cierto, ese nuevo horizonte no estaba desprovisto de implicaciones económicas e “industriales”: especialización flexible de los equipos productivos, ritmos de producción comandados desde la nueva trama de mercadeos, énfasis en la diferenciación, en la calidad y en el “paquete” de servicios y garantías asociados a cada ítem, multiplicación de los niveles de responsabilidad e iniciativa, emergencia de emprendimientos dinámicos de menor tamaño dedicados intensivamente a la investigación y al diseño en sectores avanzados, etc).

La persistencia de ese “acondicionamiento lockeano”, la tentación que sigue ejerciendo esa “ideología económica”, esa identificación de la técnica como el lugar de una objetivación primordial del mundo y del hombre a partir del cual todos nuestros restantes afanes y emprendimientos reciben su referencia privilegiada¹⁷, se muestra incluso en quienes, como Hanah Arendt y Jürgen Habermas, pretenden dar vuelta esa página. En efecto, ambos —sin olvidar la precedencia de Arendt, reconocida por Habermas— asumen el proyecto de reivindicar la relevancia ontológica del ámbito de lo público como el lugar donde “la realidad del mundo... es lo mismo que la apariencia... (y) está garantizada por la presencia de los demás, por su aparición ante todos”.¹⁸ Y ese intento de equiparar la “objetividad” de esa “apariciencia compartida” con aquella atribuida a las transacciones en las que el mundo se configura como el lugar de la fabricación de objetos de uso, no llega a completar su itinerario, por cuanto empieza por aceptar ese punto de apoyo, la “legalidad independiente” de la racionalidad productiva y tecnológica. Por lo mismo, ese mundo de la comunicación y la revelación recíproca —cuya “verdad” intentaba reivindicar la primer generación de sofistas griegos— “llega demasiado tarde” a instalarse en un mundo previamente configurado; no puede operar más que como una instancia compensatoria, incapaz de reformular las racionalidades productivas y organizativas, “las lógicas del poder y del dinero” en términos de Habermas, limitándose a brindar un refugio para ponernos a salvo de los peores efectos de esas racionalidades independizadas.

17. Ese privilegio de la técnica aparece destacado en la obra de KOSTAS AXELOS, “Marx, penseur de la technique”. Les Editions de Minuit, 1961, Paris.

18. H. ARENDT, *The human condition*. University of Chicago Press, 1958, p. 199.

El disponernos a descartar esa “metafísica económica” no equivale a entregarnos inermes en los brazos del “relativismo de lo cultural”, en la “arbitrariedad de los signos intercambiables”. Por el contrario, tal como lo ha mostrado Putnam¹⁹ con precisión, las distintas modalidades de relativismo —incluso sus variantes post—modernas, kuhneanas, foucaultianas, etc.— constituyen secuelas inevitables de la sustancialización de la objetividad, ya sea ésta accesible o no a nuestras operaciones. Lo que ahora nos queda por delante es la empresa apasionante y promisorio de asumir las condiciones específicas de cada dimensión de nuestras transacciones y encuentros con el mundo, como un itinerario indagatorio de ajustes y correcciones que prolongan un debate abierto entre tradiciones y apuestas interpretativas. Abocados a esa empresa, ya no queda lugar para establecer jerarquías “ontológicas” entre nuestros distintos emprendimientos: todos ellos “trabajan duramente con las materialidades resistentes” propias de lo que está en juego en cada caso, y se abren unos a los otros, cuestionándose recíprocamente sus criterios de aceptabilidad y relevancia. La exploración tecnológica, el despliegue tentativo de pautas de consumo privado y público, las valorizaciones sociales de nuestras inserciones económicas, el ejercicio de las instituciones políticas, la concreción de “previsibilidades” y de créditos en favor de ciertas propuestas y gestiones, etc., pertenecen al mismo mundo de la verdad compartible y comunicable.

Ahora bien, un mundo así, con esa “materialidad”, dista mucho de ser una pizarra en blanco donde podamos inscribir nuestros designios: no se le pueden introducir solidaridades e igualdades “desde afuera”, apelando a una voluntad meramente “política” —en el sentido restringido, subsidiario de la “ideología económica”— invocando un conjunto de principios de solidaridad desprovistos de traducciones discriminadas a nivel de cada lugar de encuentro entre los hombres. Si hubiera atajos para indolentes, si bastara invocar el estatuto igualitario de la asociación política, si no hubiera que acondicionar trabajosamente nuestras transacciones para compartir responsabilidades y establecer reciprocidades genuinas, entonces podríamos confiar los arreglos de nuestra convivencia a un grupo de expertos imparciales que la administrarían con criterios neutros.

No es fácil, pues, la empresa que tiene por delante una cultura socialista que renuncie a ese tipo de expectativas perezosas. No se trata de luchar contra un núcleo “extirpable” de resistencias espurias en nombre de unos derechos reconocidos universalmente. Nuestras dificultades están arraigadas inextricablemente en la propia empresa humana, en su necesidad de establecer tentativamente las “distancias” y las “correspondencias” requeridas en cada caso, para no “encimarnos” ni “alejarnos” tanto que terminemos, en ambos casos, hundidos en la común irrelevancia de lo que hacemos y decimos. Esas distancias solo pueden conquistarse

19. PUTNAM, H., (ob. cit.).

“Apocalípticos o Integrados”: Los dilemas culturales del socialismo latino-americano.

perfilándolas contra la opacidad y el desinterés. La lógica excluyente de nuestras inserciones económicas más dinámicas, con su secuela de desvalorizaciones, no es el producto pasajero de un sistema social en particular, contra el cual podríamos arremeter con estrategias habilidosas o armas poderosas, de forma de eliminarlo de la faz de la tierra y permitir que surja por sí sola la igualdad armoniosa.

Con todo, tampoco nos enfrentamos a una inercia civilizatoria ajena a la sustancia de nuestros mejores empeños: los avances tecnológicos y productivos, las inflexiones del mercado, están contruidos con los mismos materiales “públicos” y “apariencias” utilizados en la *polis* y, por lo tanto, admiten que se les incorporen nuevas dimensiones, nuevas contabilidades agregadas, siempre que las mismas estén respaldadas al nivel de los intercambios y las responsabilidades discriminadas. Como lo ha indicado Luis Razeto²⁰, el mercado no está inevitablemente limitado a registrar puntualmente las confrontaciones “externas” entre flujos de demandas y de ofertas, sin ninguna capacidad de retención y anticipación. Por el contrario, está abierto a otorgar créditos y débitos a larzo plazo, a reconocer y asociarse con tradiciones acumulativas de valorizaciones ciudadosas de recursos, oficios y gestiones, siempre que no pidan exclusividades, que renuevan sus promesas todos los días midiéndose con apuestas alternativas. Ni siquiera el Estado escapa a los límites de ese “mercado ampliado” al que se refiere Razeto, ya que, en primer lugar, no puede reclamar para sí ninguna perspectiva superior para decidir entre la diversidad de retenciones y anticipaciones, y en segundo lugar, porque su misma capacidad de extraer recursos, administrarlos y hacer transferencias está expuesta a cotizaciones a la alta y a la baja, es decir, debe legitimarse cotidianamente frente a exigencias progresivas.

Así, pues, no estamos desprovistos de recursos ni tenemos que luchar sin aliados contra una inercia extraña que erosionaría sistemáticamente cualquier intento de ampliar la capacidad “inclusiva” de las transacciones económicas. Tampoco encontraremos allí un límite último, una frontera de “disponibilidad”, que nos impida incorporarles nuevas y múltiples “pistas de ciudadanía económica” libradas a la opción revisable de los participantes.

Ninguna sociedad, ni siquiera las más avanzadas, las mejor consolidadas en su institucionalización política, las más ampliamente provistas de dispositivos de solidaridad, están a salvo de alimentar exclusiones y desarraigos. El empuje reciente de los votos neo—nazis en Alemania Federal constituye un recordatorio de su fragilidad: muestra hasta qué punto están expuestas a que se abran grietas en su seno, difíciles de franquear, entre las actividades tradicionales y locales relegadas progresivamente a los conos de sombra y los escenarios luminosos de intercambios dinámicos a nivel universal. Muestra —por tanto— hasta qué punto los mejores recursos institucionales y las mejores tradiciones

de cultura política resultan insuficientes para rescatar a los hombres sumidos en esos abismos de desvalorización, e impedir que empiecen a acariciar la posibilidad de sustraerse a la trabajosa negociación de la *polis*. En nuestras sociedades latinoamericanas las grietas son muchos mayores y los recursos son mucho más escasos. Sin embargo, los dilemas y las dificultades fundamentales son los mismos y podemos esclarecernos mutuamente en nuestras erranzas, en el entendido de que estamos todos y desde siempre dando vueltas alrededor de un mismo problema: la capacidad de la asociación política para evitar exclusiones, para no dejar afuera voces fanáticas, disidentes o escasamente audibles. No es por casualidad que dicho problema ha estado en el eje mismo de las oscilaciones de la cultura política socialista y que constituya ahora su principal desafío.

BIBLIOGRAFIA

- APEL, Karl Otto, Estudios éticos, Alfa, 1986, Barcelona.
- ARENDT, Hannah, The human condition. University of Chicago Press, 1958, Chicago.
- BOWLES, Sam and GINTIS, Herbert, Democracy and capitalism, Routledge and Kegan, 1987, London.
- DA SILVEIRA, Pablo, "Las utopías de Jürgen Habermas", en Cuadernos del CLAEH No. 47. 1988, Montevideo.
- DUMONT, Louis, Homo equalis, Taurus, 1982, Madrid.
- DWORKIN, Ronald, Los derechos en serio, Ariel, 1984, Barcelona.
- HABERMAS, Jürgen, Perfiles filosófico-políticos, Taurus, 1984, Madrid.
- HIRSCHMAN, Albert, —Las pasiones y los intereses, Fondo de Cultura Económica, 19 , México. —Exit, voice and loyalty, Harvard University Press, 1970, Cambridge, Massachusets.
- HOFFE, Otfried, Estudios sobre la teoría del derecho y la justicia, Alfa, 1988, Barcelona.
- LAKATOS, Imre, Historia de la ciencia y de sus reconstrucciones racionales, Tecnos, 1974, Madrid.
- LEROY, Robert, Un scenaire igualitaire, CIACO, 1983, Louvaine—la—Neuve.
- PUTNAM, Hillary, Razón, verdad e historia, Tecnos, 1988, Madrid.
- RAZETO, Luis, "Economía de solidaridad y mercado democrático", Tomos I,II y III, Programa de Economía de Trabajo, 1984—1985 y 1988, Santiago.
- RAWLS, John, "Justice as fairness: political not metaphysical", en Philosophy and Public Affairs, 14 (1985), pp. 223—251.
- VAN PARIJS, Philippe, "A revolution in class theory", en Politics and Society, 15 (1986—87), pp. 453—482.

**CENTRO
DE DOCUMENTACION
Y ESTUDIOS**
casilla de correo 2558
fax n° 213246